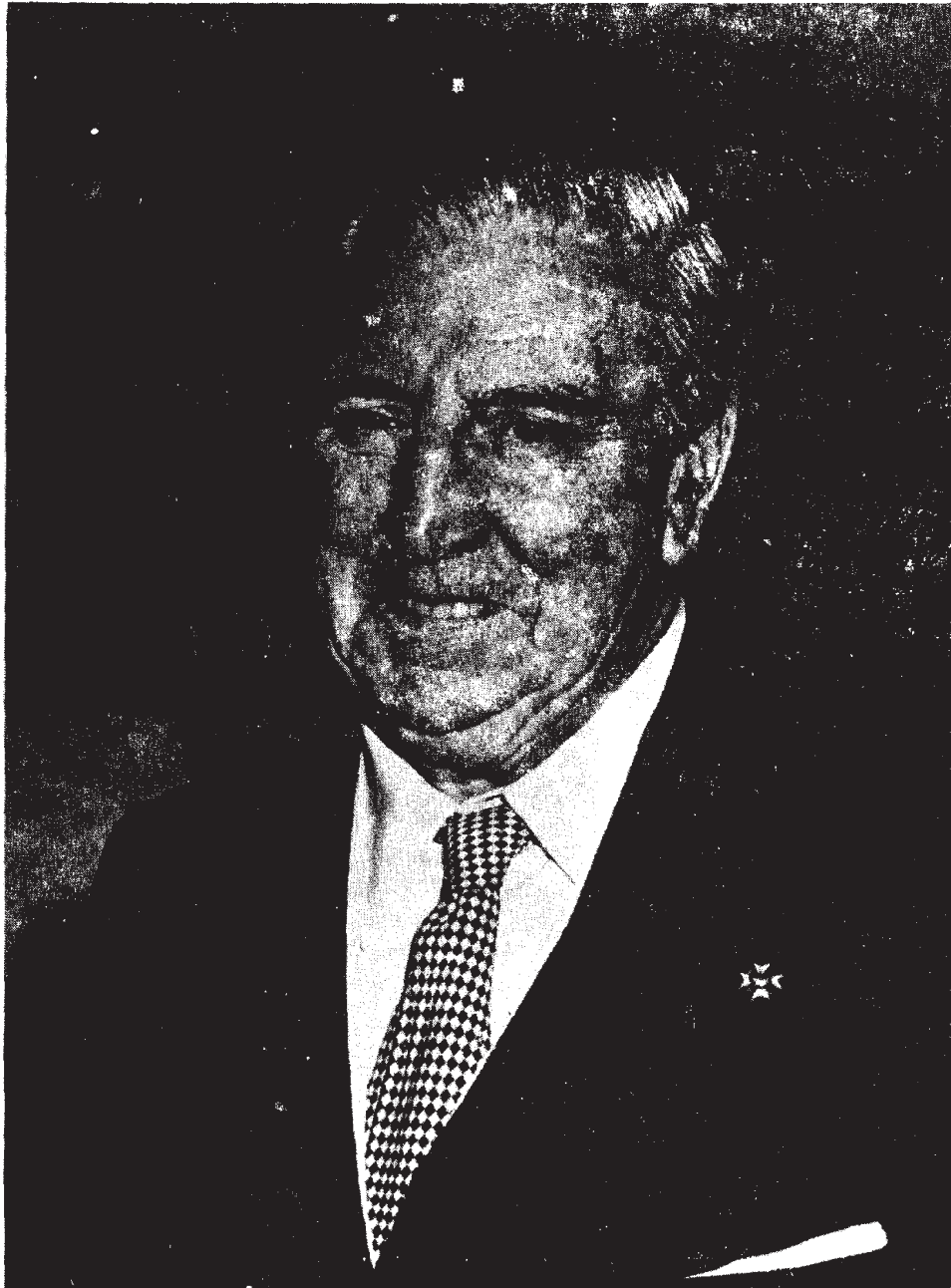


A. C. N. DE P.



BOLETIN INFORMATIVO

N° 5 - 1.979 - (XXVIII)



A.C.N. DE P.

BOLETIN

INFORMATIVO

II EPOCA * N° 5 - 1.979 - (XXVIII)

Director:

Juan L. de Simón Tobalina

Redacción: A.C.N. de P.

Isaac Peral, 58
Telf.: 253.72.17
MADRID-3-

Imprime:

A.C.N. de P.

Depósito Legal: M. 244-1.958

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
IN MEMORIAM	141
EVOCAION A A.MARTIN-ARTAJO por	
-Abelardo Algora	143
-Cardenal Tarancón y Mons. Montero ..	144
-Marcelino Oreja y L. Sánchez Agesta.	145
-Javier M. Artajo	146
-José M ^a Escudero	147
-Venancio L. Agudo... ..	148
-José M ^a Sánchez de Muniain y Ernes- to La Orden	149
-Herminio Pinilla	150
-Alfonso Iniesta	150
LOS PROPAGANDISTAS PUBLICAN:	
-Al servicio de la democracia	151
SEMANA TEOLOGICA:	
-Evolución del pensamiento teológico en la España contemporánea (1 ^a parte)	153
CIRCULO DE ESTUDIOS:	
-Mi experiencia en la A.C.de P. (Er- nesto La Orden)	158
VIDA ASOCIATIVA:	
-Centro de Madrid	167
-Los que nos preceden	167
LEIDO PARA VOSOTROS:	
-Juan Pablo II, peregrinación a Po- lonia... ..	168

NUESTRA PORTADA:

Alberto Martín Artajo

* IN MEMORIAM *

SE FUE EN UN CALUROSO DIA DEL ESTIO.....

La ejemplaridad de la vida de Alberto Martín-Artajo es reconocida por todos: amigos y enemigos. ¿Pero tuvo enemigos Alberto? Si los tuvo fue bien a su pesar. El no era enemigo de nadie. A todos, de un bando y de otro, de una fracción -y facción- y de otra, de uno y otro color trató con la misma consideración y con exquisita delicadeza. Era un hombre de Dios y por eso se entregaba al servicio de los hombres en plena disponibilidad siempre para cuanto fuese auténtico bien del prójimo.

Alberto fue un propagandista sin par. En todo momento supo dar testimonio de amor a la Asociación. No fue uno de tantos que "cuando llegan", ya no se acuerdan del Centro en que iniciaron su formación para la vida pública, donde tuvieron ocasión de conocer a quienes después les ayudaron a subir y a aquellos otros que serían un día sus mejores colaboradores e incluso sus más leales seguidores.

Alberto fue Ministro de Asuntos Exteriores. En realidad, en aquella -circunstancia política, Primer Ministro. Y no por ello se olvidó de la Asociación. Cada primer viernes podía vérselo a las ocho de la mañana en la Capilla de Alfonso XI, 4, esperando de rodillas el comienzo de la Santa Misa. Y cuando dejó de ser Ministro y podía considerarse al margen de toda actuación orientada a la vida pública, continuó asistiendo a todos los actos religiosos, culturales y sociales de la A.C. de P. Siempre sencillo, siempre en actitud de un propagandista más, amigo de todos, dispuesto a servir más que a ser servido.

Alberto nos enseñó a todos el camino para ser cristianos consecuentes y propagandistas fieles y desinteresados abiertos al amor fraterno. Consumió sus mejores energías en su cooperación desinteresada para la realización del Bien Común. Nunca hurtó su esfuerzo. En los últimos años sacó fuerzas de flaquezas para participar en las tareas de la Asociación. Emocionaba verle en los actos asociativos, falto ya de la fuerza física necesaria para tenerse en pie.

Se ha marchado de nuestro lado quedándose para siempre entre nosotros. Su recuerdo permanecerá vivo y fecundo en quienes hemos tenido la suerte de ser sus amigos, sus compañeros de tareas apostólicas. Nos enriqueció su trato, nos elevó el contacto con sus excepcionales dotes humanas. No le olvidaremos jamás.

Sólo podemos corresponder a sus desvelos por la Asociación con nuestras oraciones. Cada vez que los propagandistas nos reunamos en nuestra Capilla, no faltará para Alberto una súplica fervorosa para que el Señor, de quien todo bien procede, le dé el premio que conquistó con su fe y con sus obras.

Los Propagandistas evocan a su ilustre compañero ALBERTO MARTIN-ARTAJO, en su gran ausencia

• • • • •

Alberto Martín-Artajo falleció en la madrugada del día 31 de Agosto a los pocos minutos de ingresar en la Clínica Nuestra Señora de Loreto, víctima de una infección intestinal aguda que se le manifestó en Comillas donde ve raneaba.

Recordemos en síntesis sus datos biográficos:

Nacido en Madrid en 1.905, estudió en la capital de España el bachillerato y la licenciatura de Derecho. Era doctor "honoris causa" por las Universidades Angelicam, de Roma; Georgetown, de Washington; Fordham, de Nueva York, y Santo Tomás, de Manila.

Profesionalmente fue Letrado del Consejo de Estado y Secretario General de este alto cuerpo consultivo desde 1.942 hasta su jubilación hace cuatro años.

En el periodismo hizo sus primeras armas muy joven como redactor-Consejero de política social. Fue durante algunos años Consejero Delegado de Redacción de Edica en cuya empresa desempeñó, al terminar nuestra guerra civil, el cargo de Presidente de la Junta de Gobierno.

En la vida política intervino decisivamente desde que, en Julio de 1.945, fue nombrado Ministro de Asuntos Exteriores, hasta febrero de 1.957 en que salió de este cargo.

Posteriormente participó en las tareas políticas como Procurador en Cortes por designación del Jefe del Estado.

Como católico militante en entrega permanente, fue Secretario General y, posteriormente, Presidente de la Junta Nacional de Acción Católica Española.

En nuestra Asociación desempeñó la presidencia desde 1.957 hasta 1.963, cargo que simultaneó con los de vocal de la Junta Nacional de Prensa Católica, consultor de la Comisión Pontificia para las Comunicaciones Sociales y vocal electivo de la Junta del Patronato de la Obra Pía de los Santos Lugares.

Entre los numerosos artículos dedicados en la Prensa diaria a enaltecer la memoria de nuestro inolvidable compañero nos hemos limitado a recoger además de los testimonios de algunos señores Prelados los escritos por propagandistas. Y a la cabeza de estos el de nuestro Presidente.

*** * *** * *** * ***

ABELARDO ALGORA ESCRIBE:

MARTIN ARTAJÓ, PROPAGANDISTA

Un viaje al extranjero me ha impedido conocer la noticia del fallecimiento de Alberto en su momento, y acompañarle en sus últimos minutos. Y aunque pueda parecer que lo hago a destiempo, no pueden faltar unas palabras del Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas a la que amó tanto. A Alberto se le conoció desde distintos puestos de trabajo, familiares o sociales; pero los que mantuvimos una estrecha relación con él, en una asociación religiosa, supimos mucho de su fe en Dios, de su amor a los hermanos y de su entrega al bien común. Su vida fue una continua manifestación de fe, de creencia en lo absoluto y en el amor misterioso de Dios. Y porque amó tanto a Dios, necesariamente amó a sus hermanos. Fue un ejemplo en el quehacer ilusionado, en la promoción de obras, en la elaboración de pensamiento. Fue un cristiano auténtico que vivió con pasión, alegremente, con seguridad y autenticidad su vocación -- cristiana. Porque sintió la trascendencia se volcó en la mejor ordenación del mundo, sabedor de que el Reino de Dios empieza en esta vida terrena; y porque vivió en el mundo supo amar a Dios a través de los hombres.

Y siempre con ilusión, tenazmente, casi tercamente. Para nosotros fue siempre un ejemplo constante verle asistir a todas las reuniones, hasta el último día, haciendo un esfuerzo superior a sus propias fuerzas.

Como miembro de una generación de propagandistas llenos de una fe viva, ideas claras y apostolado abierto y eficiente, formados en la doctrina y - el estilo herreriano, nunca se sintió jubilado en su quehacer ni se apartó de la vida activa en la que participó hasta su último aliento. Fue un buen propagandista, entrañable amigo y un hombre de bien.

Nuevas concepciones de la vida, distintos estilos y diferentes formas de vida religiosa nos traen, sin duda, nuevos hombres capaces de remover el mundo hacia una recapitulación en Dios. Estamos asistiendo a una vuelta a lo religioso, entendido de forma distinta y aún dispar. Pero los que vivieron su catolicismo con la verdad en lo bueno y lo justo, la paz y la concordia, dejaron su huella que necesariamente tenemos que admirar e imitar en lo que tiene de profundo, sincero y auténtico. Alberto ha dejado huella y sus amigos le agradecemos su hombría, su ejemplo y su amistad. Y su recuerdo permanente, porque esta Asociación, tan criticada a veces, tan llena de defectos como obra humana, y -- tan necesitada de perfeccionamiento está dando hombres como Alberto que nos sirven de guía y aliento en el caminar del pueblo de Dios.

He creído un deber decirle al amigo que se va todo lo que deja a los - que quedamos. Y aunque la vida no se termina sino que se convierte, su recuerdo hará permanente su presencia entre nosotros.

EL CARDENAL TARANCON Y MONSEÑOR MONTERO TESTIMONIAN SU DOLOR

El CARDENAL ARZOBISPO de Madrid, al conocer la noticia de la muerte de Alberto MARTIN-ARTAJO, envió el siguiente telegrama desde Villarreal - (Castellón) a la familia del finado: "Me uno dolor pérdida irreparable, -- hombre de fe, padre ejemplar, español íntegro, elevando oraciones eterno -- descanso. Consuelo cristiano, queridos familiares".

"He sido amigo verdadero de MARTIN-ARTAJO y puedo decir que era un - hombre extraordinario. Siento enormemente su desaparición y creo que tanto la Iglesia como la Patria tienen - muchas cosas que agradecerle", manifestó posteriormente.

"He tenido relación con ALBERTO

desde hace mucho tiempo, porque ya antes de la guerra, del año 33 al 36. - él actuaba en la Junta Suprema de la Acción Católica y teníamos una relación muy íntima.

Creo que la vida de MARTIN-ARTAJO se puede considerar en dos dimensiones

Una es la dimensión propiamente - eclesial, en el trabajo que antes y - después de la guerra realizó estando en la Acción Católica, cuando la Acción Católica era un movimiento de seglares que tenía una incidencia muy directa - en todas las cuestiones referentes al apostolado".

(Del "YA"-1979)

- - - - -

DON ANTONIO MONTERO, presidente de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social y obispo auxiliar de Sevilla, opina sobre don ALBERTO: "Empecé a tratar a don ALBERTO a finales de los años cincuenta, cuando ya tenía cubiertas sus etapas públicas - más importantes, primero como presidente de la Acción Católica Española y luego como ministro de Asuntos Exteriores. Las preocupaciones comunes -- por la prensa católica y por el apostolado laical nos hicieron coincidir en comisiones y congresos, de donde derivó una relación muy cordial y deferente que siempre he valorado mucho. En Alberto MARTIN ARTAJO se imponía - la persona sobre el personaje, por el calor y la espontaneidad del contacto, por la verdad de las actitudes. Poseía el carisma del entusiasmo y del brío, animado por una bondad profunda. Al - igual que tantos hombres grandullosos, conservaba un último candor de -

niño y como una fuente secreta de alegría, nunca cegada por sus sufrimientos y amarguras, que no fueron pocos.

Durante los últimos veinte años pudo haberse quedado en un "ex" ilustre y nostálgico. Optó por tomar a pecho sus nuevas responsabilidades, con el mismo denuedo, mirando siempre adelante. Los frutos de esa actitud son hoy patrimonio de la Asociación de Propagandistas, de La Editorial Católica y de incontables instituciones y personas. En suma, una vida plena y elevada, llena de sentido, movida por profundos resortes de fe cristiana. Considero que la última clave de la personalidad de Alberto - MARTIN-ARTAJO era indiscutiblemente religiosa".

(Del "YA"-1979)

- - - - -

RÉCUERDO DE UN AMIGO

ERA un hombre todo humanidad. Grande, generoso, bueno, abierto siempre al diálogo y a la comprensión. Sabía de muchas cosas y sentía curiosidad por todo. Tuve la suerte de viajar mucho con él y jamás olvidaré nuestra vuelta al mundo juntos en el comienzo de los años sesenta. Yo creo que a él lo que le gustaba era sentirse, sobre todo, periodista y siempre anotaba con esmero exquisito todo lo que pudiera interesarle para contárselo al director de YA. Tenía el sentido de la noticia, del titular, y constantemente escribía fondos—como él siempre llamaba— aunque luego fueran al cesto de los papeles. Bajo una apariencia mayestática era un hombre humilde y tenía una sonrisa acogedora y un abrazo entrañable. Pero sobre todas las cosas era un hombre de creencias. Flexible en las ideas, pero inamovible en su fe. Uno se sentía más seguro después de hablar con él, más reconfortado, porque transmitía confianza y seguridad. No criticaba nunca. Sirvió a España con enorme dignidad. A su salida del Gobierno, instalado en entornos críticos al Régimen, él, sin embargo, fue siempre una persona que retuvo una memoria respetuosa, cuando la crítica hubiera sido fácil y rentable. Y siempre tenía abierta la esperanza en la convivencia pacífica de todos los españoles. Una memoria y una esperanza que fueron punto de apoyo de su acción creadora. Una obra y una vida al servicio de los demás.

Marcelino OREJA AGUIRRE
Ministro de Asuntos Exteriores

El hombre y el político

OTROS hablarán ahora y muchos años después con la perspectiva de la historia, de sus éxitos diplomáticos y de su sensibilidad de hombre de Estado. Yo quería hablar de algunos rasgos del hombre, y no digo del hombre a secas, porque todo él era jugo, apertura a los demás, entrega abnegada. Y cordialmente humano. Cuando parecía que debía estar absorto por el orden del mundo y la difícil posición de España, estaba al mismo tiempo atento a los más menudos problemas de quienes le rodeaban. Antes de abrir los telegramas y los informes inquietantes de todo el mundo, se interesaba por la salud de algún familiar de un ordenanza del Ministerio.

Formado en la amistad personal e intelectual de Angel Herrera, participaba profundamente de sus inquietudes sociales. Y ahí están sus escritos, quizá no muchos, por los imperativos de la vida de hombre de acción que se vio obligado a llevar, como testimonio de esa vertiente de su vida. Escribió un extenso prólogo, con valor de cuerpo de doctrina, para una colección de documentos pontificios e ingresó en la Academia de Ciencias Morales y Políticas con un discurso que sorprendió a muchos por la inquietud social de su pensamiento. Todavía no hace unos meses, enfermo y casi inválido, me pedía mi colaboración para un estudio de los aspectos sociales de la Constitución.

Esa colaboración no pasó de unas cuantas tardes de un diálogo abierto, en que escuché algunas anécdotas que me hacen lamentar que no haya dejado unas memorias de esa vi-

da política que él no deseaba y que se vio obligado a seguir por un sentido de responsabilidad y la presión del consejo de una alta jerarquía eclesiástica que merecía todo su respeto.

¿Y cómo separar al hombre de su hacer? Martín-Artajo no era un hombre que pareciera destinado a una actuación política. Es más: cuando fue llamado a ella ocupaba un cargo en Acción Católica que se lo prohibía estatutariamente y que significaba además una probable incompatibilidad con una tendencia política. Y en esa especialísima situación fue llamado invocando el nombre de España, al margen de las querellas políticas internas. Y sin otra preparación política que su experiencia del Consejo de Estado, al que pertenecía profesionalmente, y su sentido cristiano de la prudencia, realizó una de las gestiones políticas que nadie discute.

EL político, con una clara visión de las necesidades y carencias del presente, tiene que hacer proyectos de futuro y decidir en el ámbito de lo posible. Martín-Artajo tenía ese sentido realista que cuenta con las cosas y los hombres para hacer lo que siendo bueno puede ser efectivamente realizado. Y de ahí esa apertura de España a los países árabes y al mundo iberoamericano. Pero ese sentido realista, vinculado a lo que se puede hacer, no le hacía olvidar que hay que vencer a la fortuna y al torrente de las circunstancias, haciendo que sea posible lo que sería deseable. Y así forzó dos instrumentos que situaban a España en la órbita de la política occidental y una relación sin rotos con la nueva Italia y la

Gasperi, con la Alemania de Adenauer y hasta cierto punto con la misma IV República Francesa.

Con una inmensa capacidad de trabajo, no era, sin embargo, nada absorbente y prefería empujar a los demás a que hicieran las cosas. Tenía un especial don de liderazgo, que se complacía más en destacar a otro que en brillar por sí mismo. Muchos hombres públicos de la España pasada y presente se han visto empujados, quizá sin saberlo, a tareas políticas a las que les impulsó Martín-Artajo con su sutil conocimiento de los hombres. Y recuerdo que en un homenaje que se le tributó hace dos o tres años, íntimo por su modestia personal, pero relevante por las personalidades que concurrieron, las figuras más variadas del espectro político quisieron hablar no sólo para enaltecer, sino también para rendir un tributo de gratitud a su personalidad extraordinaria.

Y hablando del hombre, hay que hablar del cristiano, que era el más profundo sentido de su vida pública y privada. Ponia en todos sus actos un exacto sentido de la responsabilidad, no de su nombre, ni de su prestigio, sino de su conciencia responsable ante Dios. Y éste es probablemente el secreto de la serenidad señorial con que entró y salió de la política.

Luis SANCHEZ AGESTA

ALBERTO, EN SU INTIMIDAD

BIEN fácil es para mí buscar, en el archivo revuelto de mi memoria, algunos hechos o palabras de un hermano de cuya intimidad he disfrutado toda mi vida, casi gemela a la suya, puesto que el día de su muerte teníamos los mismos años. Sin otro propósito que el de revelar su intimidad a sus muchos amigos y admiradores, que están demostrando ahora su afecto y reconocimiento, escribo estas líneas, que tratan de perfilar su personalidad.

Allá por el Año Santo 1926 salimos andando desde la Puerta de Hierro hasta llegar a Santiago de Compostela, invirtiendo veinte días de camino y cuatro domingos de descanso. A la vista de los apuntes que Alberto escribió sobre marcha, publiqué en el año 1954 una «crónica peregrina», de la cual deduzco estas breves referencias de sus actitudes y palabras que nos ayudan a interpretar ahora los móviles de su vida pública.

En la madrugada del 25 de junio de 1926 desvelado por una «idea fantástica», desperté a mi hermano para plantearle esta propuesta: «Oye, Alberto, ¿y si fuéramos a Santiago de Compostela andando para ganar el Año Santo?» Y quien nunca fue corto ni perezoso para decidirse, no se limitó a decir simplemente que sí, sino que a los pocos días ya había escrito a los párrocos de los pueblos donde habíamos de dormir al final de nuestras jornadas.

TRANSCRIBIRE literalmente mi crónica: «Había escrito Alberto —siempre eficaz y concordatario— a los párrocos de cada uno de los pueblos terminales de nuestras jornadas, rogándoles nos informasen dónde podíamos hospedarnos. En nuestras mochilas llevaba ya Alberto veinte cartas de contestación en letra menuda, que nos sirvieron de llave para que se nos abriesen las puertas que hubieran permanecido cerradas ante la pinta que presentábamos después de haber andado más de treinta kilómetros a pleno sol estival.»

Ahora, me parece que el calificativo que di a mi hermano Alberto de «ser siempre eficaz y concordatario» ha resultado sumamente apropiado para juzgar su proceder en la vida pública y profesional durante las cinco décadas desde entonces transcurridas.

TAMPOCO disuena a nuestros oídos la afirmación que poco después se hace de la constancia que siempre le llevaba a escribir cuanto se le ocurría pensar o se decidía acontecer. La crónica dice así: «Los apuntes de Alberto —incansable cronista de los sucesos de cada día— describen con un detalle que no me sería lícito inventar ahora nuestra llegada a Labajos, donde habíamos de pernoctar...»

Los que ahora le conocéis habéis podido comprobar que sigue siendo «un incansable cronista» de los hechos que debe constatar, de los propósitos que cada día ha de cumplir, de las advertencias que ha de hacer o de los colaboradores que ha de convocar, haciendo constar todo ello en las pequeñas hojas de su agenda de bolsillo o en las amplias páginas del block que tiene sobre su mesa.

Cuando transpasamos, gozosos y jadeantes, el Pórtico de la Gloria y se nos abrió la Puerta Santa, nos postramos —sin parar en el arte románico ni en las caras asombradas de las gentes que nos abrían paso— a los pies del Apóstol Santiago. Agarrados a los barrotes de la reja que rodea el sepulcro del Apóstol, con los ojos cerrados y el corazón palpitante, escuchamos la exclamación de Alberto: «¡Gracias, Señor, que nos has permitido llegar!» Pasados unos instantes, improvisamos conjuntamente una oración, que Alberto recogió en sus apuntes, que dice así: «¡Santiago!, te pedimos por que hagas de nuestra España una nación fuerte y poderosa y, sobre todo, cristiana de verdad; que los que en ella vivimos nos sintamos como miembros de una misma familia, que dé ante el mundo ejemplo de un cristiano y alegre vivir; que no se pierda en

España la razón de su existencia ni se seque el jugo que ha de nutrirla, que no puede ser otro que la fe en lo sobrenatural; sin ella sería el pueblo español el más desgraciado de la Tierra, porque es inteligente para conocer su dignidad y sensible para sufrir la dureza de la vida.»

LA obsesión de la Patria —lo recuerdo perfectamente— absorbió la mayor parte de nuestros ruegos al Apóstol, para terminar encomendándole nuestras propias necesidades y propósitos: «¡Señor!, que marchemos juntos por nuestra vida como hemos llegado hasta aquí, sin torcer el rumbo, tras de la estrella de la fe, admirando tus obras pero sin detenernos en ellas más que lo preciso para servirte; que tengamos los ojos muy abiertos y el alma a flor de piel para sentir como propias las angustias ajenas; que nuestro corazón nos dicte lo que podamos hacer por aliviarlas; que tendamos la mano a los que, en lucha por la vida, se sienten sin fuerzas para llegar a la orilla...»

Creo que los lectores de este artículo habrán visto que el contenido de tan angustiadas súplicas dirigidas al Apóstol, Patrón de España, han venido a constituir la razón última de cuanto Alberto ha programado y conseguido en su vida social y en su gestión política. Los comentarios que van saliendo en la prensa así lo declaran.

Por nuestra parte, nos limitamos a cerrar estas íntimas consideraciones sobre la vida de Alberto con la frase que terminó la narración de la crónica compostelana, que decía así: «Nuestra peregrinación había terminado felizmente, gracias a Dios.» Mi hermano Alberto ha terminado también, hace unas horas, la peregrinación de su vida. Demos gracias a Dios por haberle dado gracia y tiempo para que, dentro de lo que ha estado a su alcance, haya podido cumplir sus propósitos en esta vital y suprema peregrinación.

JAVIER

UN HOMBRE DE LA EDITORIAL CATOLICA

SI nunca es fácil encerrar en pocas líneas la trayectoria de una vida, lo es menos cuando se trata de alguien tan entrañablemente ligado a nosotros como lo estuvo Alberto Martín-Artajo, y esto por importante que hayan sido sus otras actividades. Por encima de todo, fue siempre un hombre de La Editorial Católica.

Y entiéndase que su labor como ministro de Asuntos Exteriores pertenece a las que hacen época. Será seguramente la que se tenga en cuenta al enjuiciar su figura histórica. La inició cuando recién terminada la guerra mundial los vencedores iniciaban el bloqueo de nuestra patria, dispuestos a provocar por la asfixia un cambio político, cuyas consecuencias se habrían vuelto probablemente contra ellos mismos. El novel ministro supo primeramente aguantar y después, cuando los aires internacionales variaron, maniobrar diestramente hasta conseguir el cambio de rumbo que culminó en la firma de los acuerdos con los Estados Unidos en septiembre de 1953, el mismo año del concordato. La incorporación a la ONU, dos años después, llegaría con toda naturalidad.

Pocas veces una gestión realizada en circunstancias más difíciles, casi desesperadas, ha tenido un resultado más brillante.

ERA España lo que estaba en juego, o al menos así lo creyeron los españoles que formaron una apretada piña contra la presión exterior; la simple defensa de un régimen no lo habría obtenido. Fueron sin duda esas razones nacionales las que decidieron a Martín-Artajo; sin embargo, no se puede desconocer el alcance político que tenía la incorporación al Gobierno de tendencias en él representadas, que hasta entonces habían estado excluidas de los órganos de poder. Tampoco podía él desconocer que la reintegración de España al concierto internacional no podía ser más que precaria, y seguiría sometida constantemente a las graves reservas impuestas por la falta de una institucionalización que homologase nuestro sistema político con los demás de nuestra órbita cultural. Conseguirlo fue su propósito, reiteradamente declarado en su intimidad. Que el resultado de la evolución desde dentro no correspondiese, ni en su caso ni en otros semejantes, a las esperanzas puestas en ella, invitaría a un fácil juicio negativo si no fuese porque, menos todavía, vieron confirmadas sus expectativas los partidarios de la ruptura desde fuera.

Cuando menos, los primeros consiguieron un cambio importante de la fisonomía del régimen y el principio de una aproximación a formas y modos sin los cuales, lo que aún tardaría muchos años en producirse, es muy dudoso que en vez de pacífica transición no hubiese sido catastrófica explosión.

ESTUVO en Asuntos Exteriores casi doce años. Su vuelta a la vida privada y a sus actividades profesionales no podía suponer ningún corte en el interés por los asuntos públicos, en cuanto aquella significaba sobre todo la reintegración a sus queridas actividades de apostolado seglar y en La Editorial Católica, a la que se había incorporado a los veintiséis años, el primer año de República. Como consejero delegado de redacción, desde 1957 hasta 1973, y desde la Junta de Gobierno después, hasta ahora mismo podemos decir (porque hasta el último momento quiso mantenerse en su puesto, incluso después de que la enfermedad le convirtiese en ejemplar pero imposible sombra de sí mismo), hay que relacionarle con la actitud de leal discrepancia que los periódicos de La Editorial representaron siempre, aunque, naturalmente, la acentuasen conforme se hacían más indispensables los pasos que el régimen se obstinaba en no dar. A ese periodo corresponde también la aportación personalísima de Alberto Martín-Artajo, merecedora por sí sola de un comentario, al movimiento de institucionalización que al cabo cristalizó en la ley Orgánica del Estado, lamentablemente frustrada a poco de nacer. No es difícil rastrear en la ley huellas de un lejano proyecto suyo, ni tuvo reparo en defender personalmente su punto de vista ante la más alta instancia política del país. Corresponde también a esos años sus obras sobre la doctrina política de los Papas, la conciencia social de los españoles, cómo somos los españoles y el pensamiento social de Angel Herrera. Los dos focos de su formación—la doctrina pontificia y el marxismo teórico y práctico de Herrera—aparecen constantemente aplicados a un tema, el español, que de día en día se hacía más apremiante.

MAL podemos decir que esos trabajos hayan perdido actualidad, aunque está ya realizada la transición, pero sólo en lo que, bien mirado, no es más que la superficie política del país. A capas más profundas de nuestro comportamiento social y de nuestro modo de ser, miran aquéllos. Sólo que a su lado habría de poner tantos artículos como Martín-Artajo escribió desde el anonimato del periodismo diario y sobre toda una vida fiel a dos grandes principios, el religioso y el nacional, servidos tal como le enseñaron a hacerlo: equilibradamente, con sentido de la realidad de lo posible, con los pies en el suelo. En las duras polémicas que ello le dio paró, Alberto, se comportó con la magnanimidad de espíritu propia de quien por encima de todo fue (y así nos gusta recordarle principalmente a quienes con él convivimos) un hombre bueno.

José María GARCIA ESCUDERO

Alberto, iluminando desde su ocaso

LEGUE a su amistad en el preciso momento en que se alejaba del poder. Cuando la multitud de interesados que rodean, invitan, guardan cola para charlar con los que administran poder comenzaba a alejarse, a irle dejando en la soledad, que iba a ser casi total en los últimos años. Estos años en los que era él quien agradecía—y tanto!—la compañía en el paseo por los montes de El Pardo en las mañanas del domingo o después la charla reposada—ya sin gente esperando—en su propia casa.

Afortunadamente, por ello no me atrevo a valorar su tarea como hombre público. Ha sido lo que se ha hecho en un primer momento. La vejez—lo he comprobado ya en tantos casos!—acaba desnudando el alma de los hombres, dejándolos con lo único suyo; acusando los rasgos, es verdad; casi caricaturizándolos cuando comienza el desmoronamiento total; pero allí está el retrato, tanto más fácil de percibir cuanto que los trazos principales están, desnudos, reforzados, rígidos, casi petrificados, convirtiéndose ya en estatua, en momento definitivo.

¿Qué era, qué había sido, dónde estaban el tronco y las ramas fundamentales que habían sostenido el frondoso ramaje de la gran humanidad de Alberto, y que ahora, en el otoño, parecían ante mí casi cada día, cuando estaban solos, desnudos, con la corteza gastada, pero vigorosos aún?

HABIA algo tan evidente como el deslumbrar del sol de Levante. Sé que en estos días lo va a repetir todo el mundo: su enorme bondad. Si he hablado de árbol, de frondosidades, sería el gran tronco del que salía, y en el que se apoyaba, todo lo demás. Pero ¿era posible que aquella maciza mota de bondad hubiera podido atravesar durante años y años las trampas, las luchas y la voracidad de una difícilísima política nacional e internacional? Muchas veces me he hecho la misma pregunta respecto a aquella otra corpulenta humanidad, esencialmente buena, pero que supo gobernar, ser diplomático en París; Angelo Roncalli, Juan XXIII. Le quedaban los recuerdos, las cimas de sus principales empeños: el bien común; su insistencia una y otra vez para que la evolución, inevitable, se hiciera a tiempo, cuando era posible con el menor costo para todos. Probablemente fue una de las personas que más trabajaron para abrir caminos entonces cerrados.

Después, su sentido del orden, que era consecuencia de la bondad natural y de una mente que había trabajado casi con un solo instrumento: el derecho. Y de una opción a fondo por lo cristiano, que exige en todo un planteamiento ético.

Ante cualquier decisión o juicio se planteaba, en primer lugar, qué es lo que tenía que ser. Luego, en qué medida y por qué pasos se podía ir poniendo en práctica.

Me impresionaba después su sentido de la concordia. Cargado de conocimiento de los hombres, enriquecido—quizá prematuramente—de esas experiencias que desmitifican aun a los grandes personajes, sabía que en las tensiones humanas suele haber casi siempre mucha maleza en una y otra de las partes que se enfrentan pretendiendo monopolios de verdad o de justicia. Oía; ponía bálsamo; comprendía; pero después pedía y exigía comprensión para la otra parte. Y se esforzaba en ofrecer fórmulas concretas—no palabras huecas—de compromiso. Era, por eso, enormemente práctico y eficaz, a pesar de su tendencia intelectual al mundo de los principios, la ética y el derecho.

Le conocí humilde, auténticamente humilde. No sé cómo esta humildad se hermanaría en sus años anteriores con la vocación de poder, consustancial a todo político nato. Alguna vez, voz muy autorizada me ha explicado cómo ambas tendencias no están reñidas. Sería imposible, si no, el político cristiano y aun el santo, que la his-

toria atestigüa que ha existido en todos los países y en todas las épocas. Cómo tendencias, y aun pasiones, pueden y deben utilizarse, enriquecidas por profundas intencionalidades de otro calibre. Sea como fuere, el Alberto que yo conocí era un ejemplo impresionante de humildad. Aceptó con nobleza todos los golpes que la vida fue dándole. Cuando el cuerpo empezó a fallarle, pero aún se sentía obligado a trabajar, se asistió—Consejo de Estado, Cortes, Editorial Católica, academias—, me dijo alguna vez, mientras le ayudábamos a erguir laboriosamente a aquel corpachón: "La humillación del cuerpo, la humillación del cuerpo." Y me recordaba toda la tradición cristiana de estima y recelo, de amor y vigilancia, sobre el pobrecillo hermano cuerpo, instrumento útil en tanto en cuanto esté sometido al espíritu.

ERA, por encima de todo, un hombre de Dios, un cristiano de arriba abajo. No se manchó las manos cuando tuvo en ellas el poder. No se quedó con nada entre ellas. Volvió a su trabajo profesional, sin ningún provechoso escalón intermedio. Y volvió a trabajar allí, porque lo necesitaba para él y su familia.

Confieso que esa vuelta suya del poder y su coincidencia con el comienzo de mi trabajo profesional me han podido marcar definitivamente. Casi de manera fortuita, coincidimos; él, que volvía; yo, que iba. Tenía yo diversas opciones para elegir lugar de trabajo: con qué grupo humano—en este caso empresa informativa, es decir, con implicaciones más que materiales—merecía la pena empezar a caminar. Doy gracias a Dios del encuentro, en aquel momento, con este y otros hombres de su mismo corte. Merecía—merece—la pena continuar el camino que ellos emprendieron.

Creo que no sólo fue útil, eficaz, en su época de esplendor, en la que España contrajo con él deudas de gratitud. También en el ocaso, extraordinariamente luminoso durante bastantes años, clarificó, con el don del consejo con que Dios le dotó, con sus ideas y con su testimonio, a muchas obras y personas. Dios se lo pagará.

Venancio Luis AGUDO

OPERARIO INCANSABLE DE LA PAZ

CINCUENTA años de fraterna amistad sin fisuras, con esa lealtad mutua que nace, sin saberlo ni quererlo, de otras desinteresadas y activas lealtades comunes. Cincuenta años de colaboración unas veces, de confidencia otras. Dios mío, Dios mío, una dulce soledad me

empapa desde que, pisando el andén de Chamartín, leo la noticia. Muere aquí Alberto, el intachable Alberto obrero de la paz, mientras otros desgraciados matan. Viéneme a la mente, como tentación que desecho, un refrán viejo casi olvidado: "Abájense los adarbes y álzase los muladares".

Alberto era físicamente estos últimos años sombra de lo que había sido. Veíamos su fin cercano. Mas al llegar la hora de la esperanza luminosa brota buyente la alfaguara de los recuerdos. Tantos y tanto son que ni me siento capaz de resumirlos, ni, soy franco, me apetece. "Ya murió el caballero, / la gala de Medina, / la flor de Olmedo." Esto sí, algo como esto de Lope querría decir a boca llena.

Fue Alberto fiel a su fe cristiana, frente a tantas claudicaciones de respetos humanos, fiel a su cotidiana eucaristía, fiel con humildad al Papa, sin ponerle reparos de autosuficiencia; fiel a su Patria española, con cierta eufanía por su ascendencia navarra materna; fiel a su mujer, fiel a sus deberes profesionales, con ejemplar constancia; fiel a sus amigos y entrañable con los más cercanos. Perdonador y olvidador de agravios. Disculpador de flaquezas. Operario incansable de la paz. Esto era el Alberto profundo, no el ex ministro, ni el poseedor de tantas o cuantas docenas de cruces. El número de los oficialmente notable es aquí y en todas partes, nadie se ofenda, mucho menor que el de los Albertos.

No conocí la primera fase de Alberto Martín-Artajo, la de los estudiantes católicos, porque estudié fuera de Madrid; le empecé a tratar a fines de 1929, en unas clases que daba Angel Herrera en la calle Collegiata a un grupo pequeñísimo, quizá media docena, sobre normas de dirección de periódicos. Creo que pocos o nadie lo saben. Allí estaban José Larraz, Fernando Martín-Sánchez, Alberto Martín-Artajo, Luis Ortiz Muñoz, no recuerdo quién más, y un jovencito inexperto, licenciadillo llegado de provincias, de veinte años (cuatro a diez de dos de los otros), que nada sabía de Madrid ni a nadie conocía, pero que a todos escuchaba voraz, atónito y respetuoso. Quería estudiar estética, cosa que a nadie interesaba en aquella casa. Lo puso y redactó, un editorial sobre el XV centenario de la muerte de San Agustín (430-1930) que a nadie gustó, y cayó al cesto. Mas ahí estaba el germen de mis mejores amigos futuros.

Hoy se me muere el último. El más entrañable. Recuerdo sin pedantería un versículo de la "Vulgata": Et erudiant cultos, sicut, stellae in perpetuas aeternitates". Creo que todos, con don Angel, componen una constelación. ¡Albricias, Alberto!

José María SANCHEZ DE MUNIAIN

Servidor de la Iglesia y de la Patria

ALBERTO-Martín Artajo ha sido mi hermano mayor, mi fraternal amigo y maestro en «El Debate», en la Asociación Católica de Propagandistas, en mi carrera diplomática, en mis ideas y en mi vida.

Le conocí en 1932, cuando velaba mis primeras armas como periodista y como profesor de Derecho en el CEU. Me llamó a su lado para la Acción Católica en 1940, cuando fundamos la revista «Ecclesia». El hubiera querido encaminarme hacia su Consejo de Estado, pero yo opté por la gloriosa aventura de la diplomacia. ¡Quién había de decirme que en 1945 tuviera la sorpresa, que se convirtió luego en una larga alegría, de verle asumir la cartera ministerial de Asuntos Exteriores! Pese a mis largas ausencias de España, he estado siempre muy cerca de él.

ERA por excelencia un hombre bueno, un cristiano cabal, de mente lúcida y de voluntad tenacísima, consagrado vocacionalmente al estado de derecho y a la doctrina social de la Iglesia. Entre todos los discípulos inmediatos de don Angel Herrera ha sido seguramente el mayor.

Entró en la política activa sin proponérselo, sacrificándose por el bien común en uno de los momentos más difíciles de nuestra historia contemporánea, no sin el consejo de las jerarquías de España y de Roma. No olvidemos que en 1945 la Iglesia universal creía autorizadamente que nuestra España había sido teatro de una persecución martirial y una cruzada.

Pocos años después, ayudada por los cristianos de medio mundo y por los hermanos de Hispanoamérica, España rompió el cerco diplomático y el angustioso bloqueo económico, pactó con la Santa Sede y con los Estados Unidos, ingresó en la Unesco y en la ONU y pudo consagrarse al trabajo encarnizadamente, hasta emular los «milagros» de Alemania y del Japón.

SERVIDOR eficazísimo de las razones exteriores de España, Martín-Artajo mantuvo siempre una idea generosa y perspicaz sobre nuestra política interior. Su mayor servicio a España lo rindió en 1957. Pudo dar fe de que un informe suyo, ampliamente estudiado y consultado, decidió al generalísimo Franco a archivar un proyecto político que hubiera cerrado el camino a toda reforma institucional y, desde luego, a la restauración de nuestra Monarquía.

Hace veintidós años que Martín-Artajo desapareció de la esfera política para volver a su familia y a su trabajo por el derecho y la justicia social, atento a los signos de los tiempos, hasta que la enfermedad le puso a prueba. Hace tres días le visité por última vez en Comillas. Estaba callado y ausente, como si ya no hablara más que con Dios.

Ernesto LA ORDEN MIRACLE

ERA UN HOMBRE BUENO

De muchas personas, cuando mueren, se dice: "Era un hombre bueno". Pero pocas veces ese calificativo tiene la extensión, calidad y justicia - que ahora, con el dolor que nos produce su muerte, lo aplicamos como compendio y síntesis de su persona a la gran figura física, moral, política y religiosa, periodística, jurídica, intelectual que ha sido casi medio siglo don Alberto Martín-Artajo.

Durante más de cuarenta, le he conocido y admirado como amigo, como compañero y como superior, en los sucesivos cargos que él desempeñó, y en alguno de los cuales, como en sus últimos años que sirvió a la Editorial Católica, S.A. como consejero delegado de Redacción, le ayudé con la mejor voluntad. Durante todos estos años, en que demostró ser un buen jurista en el Consejo de Estado, un buen diplomático en la dirección de la diplomacia española en los difíciles años después de nuestra guerra civil, como el ministro de Asuntos Exteriores que supo romper el cerco que -

casi el mundo entero había puesto a -- nuestro país; un buen militante católico en los altos puestos en que le colocó la jerarquía eclesiástica en la Junta Central de Acción Católica y en la presidencia renovada de la ACN de P.; un buen periodista y sociólogo, especialidades en las que también ocupó puestos eminentes, todos le reconocieron calidad superlativa en su quehacer y pensar. Yo además admiré su bondad, reflejada en su rostro, siempre sonriente, y en sus palabras afables y cariñosas. -- Cuando despachaba con él, ya tanto en mi cargo de director de un periódico de empresa, ya como ayudante más próximo - en la conserjería de Redacción, más -- que un jefe parecía un amigo. Nunca mandaba, siempre parecía aconsejar. Jamás la ví malhumorado ni iracundo, por graves que fueran sus problemas y sinsabores, que los tuvo y grandes. Siempre -- aparecía y era bueno. A la bondad profesional de sus quehaceres unió siempre - la bondad de su corazón, en todo momento abierto a todos.

Herminio PINILLA

*** * *** * ***

UNA ENTREGA A LA ASOCIACION

No las horas de un ayer inmediato, próximo,... sino las de un ayer - poco distante que hemos podido conocer los propagandistas en su propio - descenso, cuando ya la erquida figura, el alto tronco se inclinaban llamados hacia otras lejanías puras, sin exigencias terrenales.

...Porque todos han escrito - y escrito muy bien, con justeza del recuerdo y necesaria evocación de una - obra bien hecha, grandiosa, exacta y generosa-, prefiero evocar la figura de Alberto cuando llegaba a la capilla del colegio de San Pablo, vacilante el paso y acompañado, para ser un propagandista que acudía a la celebra

ción eucarística como uno más en cumplir deberes voluntariamente aceptados, con - estricta observancia durante la trayectoria de una larga vida rica en acontecimientos del más variado corte humano.

El diplomático, el jurista, el político, el sociólogo, periodista,... todos en grado eminente, quedaban ahora oscurecidos, en segundo plano, ante el propagandista. Y aquella sencilla manera de - serlo y practicarlo, cuando la palabra era impreciso gesto amable y el movimiento, paso vacilante, me producía emoción muy honda, callada y aún aleccionadora. Ejemplo y norma de buen sembrador era esto. Sin proponérselo. Con la sencilla naturalidad que era norma de sus actos.

En el optimismo de los años triunfales, toda manifestación religiosa tenía justificada base corriente y siempre expresiva. Cuando el Señor nos encamina -- lenta, inexorablemente hacia ocasos de actividades vitales, esencia de vida -- cristiana, es cuando sentimos con mayor intensidad el añorante recuerdo del pasado y la escasa seguridad del futuro, vis^{to} y sentido en lo humano por cauces -- inestables de gradual descenso y paulatino agotamiento.

En esas inevitables horas, he visto recogido, humilde ante el Señor en nuestra capilla a Alberto... Y llegar, -figura inclinada, gesto afectuoso-, manteniendo la manifestación de creencias y fidelidades, norma firme y fina esencia de una vida fecunda, Atrás habían quedado jornadas de raíz nacional, manifestaciones de acierto, cultura y entrega al

servicio del bien común. Desde una juventud dirigida pronto hacia altos ideales: Dios, patria, Iglesia, acción,... Todo sin preferencias, aglutinado, unido en amoroso anhelo de vida.

Ahora, en la capilla aparecía -- el paulatino declinar de una vida. -- Sin que perdiera el brillo de su limpia trayectoria; antes enaltecíendola, sublimándola, con el recio tronco inclinado, la palabra oculta y el gesto amable. Allí estaba el creyente de recios quilates que sabía le esperaba el Señor y Padre de las generosidades a quien tanto y tan bien había servido.

Sus penúltimas energías fueron -- en Alberto una entrega a la Asociación, una exteriorización de afecto.

Alfonso INIESTA.-

*** **

Los Propagandistas Publican

AL SERVICIO DE LA DEMOCRACIA

Ortega distinguió agudamente entre el intelectual y el político, dos razas de hombres, bien diferenciadas que cuando a veces, se quieren fundir dan productos híbridos no siempre de felices -- consecuencias para sus contemporáneos.

Con Fernando Alvarez de Miranda -- nos encontramos con el político nato, -- el político de nacimiento por vocación y talento. Hombre de acción desde sus tempranos años, pero que profesa ideas firmes que no sacrifica aún ante circunstancias adversas. Es por eso, que -- durante las largas vacaciones que, a -- tantos políticos que no le eran afectos, impuso el General Franco, Alvarez de Miranda vió limitada su acción política a la clandestinidad y a las menguadas actividades entonces toleradas. Ello no impidió una cierta actividad periódica, viajera y formadora de mucha -- de la cual da muestra esta colección de

Por: Fernando ALVAREZ DE MIRANDA Y TORRES.
Madrid. 1.979

trabajos, artículos o conferencias.

Los principios y la filosofía política que en ella se recogen son constantes e idénticas a los que, posteriormente, cuando nuestro hombre accede a -- la plena actividad política e incluso -- ejerce en una parcela del poder. Si en una primera etapa vital, lo importante, tal vez el fin, era el advenimiento de la democracia, posteriormente una vez -- ésta admitida, al menos formalmente, la democratización de la vida española era además, un vehículo, un medio, para -- otros fines, crecimiento económico, más justicia, más libertad, más igualdad, -- etc. y la adopción de las oportunas medidas de gobierno para compatibilizar, en lo que quepa, estos fines.

Esa consecuencia y honestidad política quedan reflejadas en este libro, -- que permite reconocer al, en un tiempo,

desterrado de Fuerteventura con el otro --
ra Presidente del Congreso, lo mismo --
que al conferenciante que nos recuerda
hoy sus elogios y coincidencias con la
señera figura humana y pública de don --
Manuel Jiménez Fernández o la voluntad
política integradora de un político, --
que con esta actitud ha alcanzado la ca
tegoría de hombre de Estado.

En efecto, junto a la invariable --
fe en la democracia si hubiéramos de --
destacar lo más constante en el temario
del libro, lo veríamos en su voluntad --
integradora, ("una Constitución para to
dos... lo cual, lejos de ser, un acto --
de deslealtad para con sus electores de
muestra un alto sentido de responsabili
dad." Página 16). Tan importante es es
to, que hemos oído que el autor del li
bro ha merecido el inusitado honor de --
ser propuesto como Presidente del Con
greso por sus propios contrincantes, que
no enemigos, políticos. Propuesta que,

sea dicho de pasada, honra tanto a --
quien le la hace, como a la persona
del candidato.

Ello no impide al autor ser cons
ciente de la realidad y posibilidades
de lo que defiende: "Esta Constitución
modesta, realista e ilusionada abre, --
sin embargo, muchas prometedoras posi
bilidades..."

Quienes creemos, aún en contra de
la corriente mayoritaria, que no son --
ciertas reformas, leyes o constitucio
nes políticas, las primeras y más ur
gentes decisiones que se debieran adop
tar entre nosotros, sino modos, actitu
des, costumbres y prácticas, a fin de
que el perfeccionamiento formal se tra
duzca en realidad de bienes para nues
tro pueblo, la actitud honesta y conse
cuente del autor de este libro, refle
jada a lo largo de sus páginas, merece
nuestro elogio y felicitación.

Enrique ANDREU

*** **

«SEMANA TEOLÓGICA»

“LA EVOLUCION DEL PENSAMIENTO TEOLÓGICO EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA”. (1ª PARTE).

Por: José GOMEZ CAFFARENA, Teólogo.

El tema, cuyo desarrollo ante Vds. me ha encomendado mi buen amigo - Miguel Benzo, es un tema histórico en su tenor literal. El sabía bien que yo no soy un historiador y esto me permite suponer que no ha pretendido precisa y rigurosamente una contribución historiográfica. Realmente, el tema admite también -sin dejar, por supuesto, de barajar los datos históricos pertinentes- otros enfoques. Y, entre ellos, uno que puede adaptarse mejor a quien, como en mi caso, se dedica profesionalmente a la filosofía de la religión.

Al comienzo de su Metafísica, como es sabido, colocó Aristóteles la profunda observación de que "por la admiración habían comenzado los hombres a filosofar". Objetos dignos de admiración, los hay sin duda, incontables. Pero me atrevería a afirmar que la evolución del pensamiento teológico en la España contemporánea es -dentro del género de los acontecimientos históricos- uno de los más dignos de admiración.

Con esto que acabo de decir justifico un poco mi presencia aquí hoy -la bondadosa designación de Miguel Benzo y mi quizá presuntuosa aceptación-; y sugiero también el género fundamental de las reflexiones que voy a desarrollar. Aun cuando, como es inevitable, invierta la mayor parte del tiempo en - citar datos y enhebrarlos entre sí, mi preocupación mayor será la de ir filosofando sobre el significado humano y cristiano de esos hechos, tratando de - comprenderlos en una cierta profundidad.

Espero hacer así también razonables dos peticiones de excusa: ante todo, por la incompleción de mis citas de nombres relevantes en la teología española de esta época (incompleción que hubiera sido menos excusable en un historiador); también por una deliberada inhibición en los juicios de valor más explícitos de orden teológico. Desde luego, tengo mis juicios de valor y supongo que se transparentarán en más de un momento; pero, al no pretender explícitamente construir ninguna pieza teológica a propósito de la teología de este período, no me veo en la necesidad de exponerlos sistemáticamente.

No creo que sea el orden cronológico el adecuado para una reflexión como la que sugiero. Puesto que se trata de un cambio, y de un cambio que vamos a ver extraordinario, lo verdaderamente importante es encontrar el punto de inflexión y el factor decisivo en él. Pienso que no es difícil encontrarlo: es el Concilio Vaticano II y, como fecha, la de su terminación, 1965. Si en cualquier aspecto de la evolución religiosa española contemporánea hay que conceder puesto privilegiado al Vaticano II, en el aspecto teológico es el todo. Y es en gran gran parte desde lo teológico, desde donde el Concilio ha influido sobre lo demás.

Por supuesto que el cambio se produce con la cooperación de factores -por lo menos, dos- nacidos y desarrollados en clima español; en seguida voy a mencionarlos. Pero no se puede hablar de interacción dialéctica: el clima español no hizo nada que provocara el Concilio ni siquiera que influyera de algún modo en él. Fue el Concilio el agente que desencadenó el cambio teológico español.

Precisamente esa impreparación española fue el primero de los factores que hicieron que su resonancia fuera tan grande. Con su proverbial moderación lo ha expresado bien en una conferencia reciente el Cardenal Tarancón: -- "Acostumbrados como estábamos a considerarnos el máximo exponente de la catolicidad ideal, vimos de pronto que, en esta asamblea mundial que era el Concilio, nuestros teólogos y nosotros mismos, obispos, ocupábamos un lugar realmente modesto" (Club Siglo XXI, 27-6-1978). No era la simple impreparación descubierta de pronto. Era la impreparación de quien se juzgaba canon de catolicidad -y como en seguida diré, no sin fundamento-. Algo, pues, enormemente grave y que obligaba a una muy seria reflexión.

El segundo factor a que he aludido es la crisis del llamado nacional-catolicismo al final del régimen de Franco. Sobre el nacional-catolicismo pronto tendremos que decir algo más. En su crisis se conjugaban elementos religiosos y políticos. Abonaba el terreno para que el cambio que introducía el Concilio respecto a la teología tradicional (exacerbada en el nacional-catolicismo español) fructificara muy intensamente.

Situados, pues, en este punto de la evolución (final del Concilio, -1965), que por lo dicho representa una marcadísima inflexión, vamos ahora a intentar comprender el cambio global que esa evolución induce, dirigiendo sucesivamente la mirada, primero hacia atrás, luego hacia adelante hasta nuestro presente.

1. LA TEOLOGIA ESPAÑOLA EN LA EPOCA NACIONAL-CATOLICA.

El título "nacional-catolicismo" es, como sabemos, convencional. Lo uso porque se ha aclimatado y realmente sugiere características muy marcadas de la época de la que se predica. Hablando con propiedad, debería predicarse de la ideología imperante en esa época; de la época, en cuanto queda configurada por la ideología -que es en no pequeña medida-.

Esa ideología contiene afirmaciones racionales, históricas, políticas..., casi siempre en relación con la religión católica. Por el hecho de esta relación, esas afirmaciones no merecen el nombre de teológicas. Pero hay en el conjunto una serie de afirmaciones que sí son teológicas. Diría que de dos tipos: unas constituyen un cuerpo doctrinal relativo precisamente a España y su fe, una especie de "teología política" muy determinada. Otras no son algo en sí diverso de la teología tradicional católica; son una reasunción de ella, pero con fuerte acento en lo tradicional, en una ortodoxia extremada y en la consecuente proscripción de las desviaciones que la admisión de la modernidad puede suponer y de hecho supone en la teología vigente en otros países.

Aunque desde el punto de vista de nuestro tema no son los que más interesan los teólogos más directamente "nacional-católicos" (los que he clasificado como de teología política) y sería injusto juzgar por ellos solos toda nuestra teología de los años 1940-1965, no es inoportuno recordar algunos de esos pronunciamientos de los que hicieron ambiente; sin ellos no se entendería

lo demás. Las citas que no se podrían en ningún caso omitir son las de la -- Carta colectiva de los Obispos españoles de 1937 y las provenientes de diversas pastorales del Cardenal Gomá. Reproduzco las que ha recogido Alvarez Bolado en su penetrante estudio sobre la Teología política del Nacional-Catolicismo. Ante todo, la conocida concepción sagrada de la guerra civil, que en seguida cuajaría en el apelativo de "Cruzada": "La guerra es... como un plebiscito armado..., lucha cruenta de un pueblo partido en dos tendencias: la espiritual, del lado de los sublevados, que salió a la defensa del orden, de la paz social, la civilización tradicional y la patria, y, muy ostensiblemente, en un gran sector, para la defensa de la religión; y, de la otra parte, la materialista, llámese marxista, comunista o anarquista, que quiso sustituir la vieja civilización de España, con todos sus factores, por la novísima "civilización de los -- soviets rusos". Además de la canonización de la sublevación y la concepción de la guerra como plebiscito armado (una alarmante ecuación de poder y razón), es de destacar la otra ecuación que se establece entre: espíritu, patria, civilización tradicional, orden, paz social y (con alguna restricción) religión; y el simplismo de su contraposición con todo lo malo, simplemente evocado con la palabra "soviet".

Oigamos ahora al Cardenal Gomá: "España es lo que es por el catolicismo. 'Los poderes de los Estados --nos decía hace pocos meses nuestro Santísimo Padre-- hacen hoy de los pueblos lo que quieren'. Demos gracias a Dios de que se quiera hacer de España un pueblo católico desde las alturas del poder". (Estas palabras son tan candorosamente explícitas que es mejor no glosarlas.) La categoría teológica desde la que, en el fondo, se está viendo todo es la de una renovación de la teocracia israelita: "Más que pueblo alguno de la tierra ha sido España creada como Israel en otros tiempos, creans Israel, por la mano amorosa de Dios, que quiso hacer de ella un pueblo para sí, para que publicara sus alabanzas".

En un excelente resumen, documentado con muchísimas citas, ha recapitulado Fernando Urbina la ideología nacional-católica en estos siete puntos: identidad de esencia española y catolicismo, exaltación de la unidad y totalidad, -- modelo idealizado del siglo de oro, antimodelo de la modernidad, ética jerárquica y aristocrática, antiética democrática, el 18 de julio como acto histórico -- decisivo sobre el que gravita toda esta dialéctica, para abrir el paso al triunfo del del bien. Se ve cuán esencial es el elemento de teología política. (En F. URBINA, Formas de la vida de la Iglesia en España entre 1939 y 1975. En Iglesia y Sociedad en España. Ed. Popular, Madrid, 1977, págs. 85-120).

Hay que añadir que gracias a él pudo fraguar la difícil amalgama de -- los factores tradicionalistas con el mínimo de aportaciones falangistas que era necesario aceptar, sin tener que recurrir a simbólicas amalgamantes como los que tenían en Italia y Alemania el fascismo y el nacional-socialismo. Es enorme el -- apoyo que esto prestaba a la autocracia del General Franco; y creo que él lo captó bien y supo utilizarlo con gran habilidad.

Pero ya dije que la teología de la época nacional-católica, además de los teologúmenos de teología política, tenía otro factor esencial: reasunción de la dogmática católica con acento en lo tradicional y en la ortodoxia extrema y cuidadosa proscripción de desviaciones que pudieran provenir de contaminación -- con la modernidad.

Para nuestra meditación presente esto es lo más importante. Por esta -- extremada fidelidad a la tradición pudo el catolicismo español llegar tan desprovisto de preparación al Vaticano II; y recibir allí esa amarga sorpresa, de la -- que a tantos les ha costado mucho tiempo reponerse y que algunos, incluso hoy, -- no han superado. Cuando en el apogeo de su pontificado publicó Pío XII su encí-

clíca Humani Generis con severas advertencias para imprudentes innovaciones -Nouvelle Théologie se la llamaba, porque en ese momento más pesaban los teólogos franceses que otros europeos-, los teólogos y los obispos españoles leyeron entre líneas una alabanza de su propia actitud, crítica frente a toda nouveauté. Cuando tan sólo quince años después las posiciones oficializadas por el Vaticano II iban más lejos en su novedad y Congar, De Lubac, Daniélou no sólo eran acogidos con gratitud por su trabajo pionero, sino que iban pasando a la reserva de una nueva ala derecha teológica, más de un teólogo español tuvo que sentir la tentación de pensar que la Iglesia Católica claudicaba -y, en cualquier caso, el dolor de sentirse desautorizado precisamente por la propia fidelidad.

Porque, en efecto, de fidelidad se trataba. Tengo interés en subrayar este punto. En seguida lo voy a documentar un poco al presentar la declaración de principios de la Sacrae Theologiae Summa, la obra más significativa de este periodo de la teología española. Eso sí, se trataba de una fidelidad literal y fijista. Y ahí estaba, por lo visto, el problema. Era preferida una fidelidad espiritual y abierta a los tiempos. Quizá ya una memoria histórica suficientemente perspicaz hubiera podido presagiar que, como en otras épocas, también -- ahora tal iba a ser el resultado. Pero no se puede negar que esa fidelidad es más difícil, sobre todo a la hora de tomar decisiones cuando aún las cosas no están bastante clarificadas.

Como decía, nada mejor para documentar lo afirmado que unas citas de la obra teológica más característica y de más envergadura de las producidas en España en este periodo. Son cuatro volúmenes, aparecidos en la B.A.C. entre -- 1951 y 1958, y sus autores forman un colectivo titulado Patres Societatis Iusu Facultatum Theologicarum in Hispania Professores. En total, 8 autores para 16 tratados, que siguen la división clásica de la Teología neo-escolástica. Una Summa Sacrae Theologiae, en riguroso latín, destinada a servir de libro de texto en las clases de la carrera sacerdotal, sea en Facultades sea en Seminarios; en cuya perspectiva no entra -como puede captarse bien por ciertas frases- - aspirar a ningún otro público o tipo de lectores. (La Teología, en buena tradición, es cosa de clérigos).

El género era bien conocido y usual. En la bibliografía general se señalan algo más de dos docenas de tratados semejantes de los dos últimos siglos, la inmensa mayoría de ellos de los últimos 75 años. Hasta seis, casi una cuarta parte, son de autores españoles, lo que muestra que, al menos en el aspecto más elemental, la cultura teológica española posterior al Vaticano I guardaba una equivalencia con el resto de la europea. Libros todos en latín, eran intercambiables. No tengo datos; pero sospecho que los españoles no fueron usados fuera de España en la medida en que los alemanes y franceses lo fueron en España, sobre todo en las Facultades: una mirada a los stocks de ex-libros de texto en bibliotecas eclesiásticas españolas habla en este sentido. El proceso de penetración europea había sido progresivo aunque paulatino. Y si miramos a la procedencia de materiales, confesada por los autores de la Summa de la BAC, se aprecia el predominio alemán y (en menor medida) francés. La dependencia de Hurter, -- Pesch, Lercher, Dieckmann..., así como de los grandes Diccionarios teológicos -- sobre todo el de Vacan es muy evidente. La mayoría de los autores de la Summa, además, han cursado sus estudios teológicos en el extranjero. Han sido discípulos brillantes; han aprendido tan bien sus temas, que ahora se sienten capaces de intentar un resumen más completo, pedagógico y ordenado que el de sus maestros, ofreciendo además en las notas de pie de página o en "escolios", pistas para entrar en los problemas arduos, que los alemanes han estudiado. La originalidad del nuevo libro de texto va a estar en la compleción, equilibrio, relativa sobriedad, múltiples citas... y, sobre todo, en la reafirmación sin concesiones del sano método y de la doctrina ortodoxa: unas características que le --

van a permitir cruzar las fronteras más que lo hicieron sus antecesores.

El índice más destacado de esta fundamental tendencia es el relieve - que se da a las Notae theologicae, llamadas también cualificaciones o "censuras". Era algo que se había ido haciendo usual e importante; pero que en manuales anteriores jugaba aún un papel menos relevante y no estaba ni mucho menos, tan completo, tan uniforme y riguroso. Aunque cuando se presentan razonadamente en el tratado De Ecclesia, son 16, la lista oficial, que se recoge al principio de cada volumen, queda en 11: "De fide divina, de fide divina et catholica, de fide divina et catholica definitiva, fidei proxima, de fide ecclesiastica, doctrina catholica, theologice certa, doctrina ita tenenda ut contraria sit temeraria, communis et certa in theologia, probabilis, tuta". Sólo en las dos últimas mencionadas tiene lugar el ejercicio de la sana libertad -que siempre se mantiene-.

A cada cualificación se opone su contrario: desde la herejía (frente a la "fides divina et catholica"), pasando por diversos tipos de error ("error in fide, error in fide ecclesiastica, error in doctrina catholica, error in theologia") hasta la temeridad en las dos penúltimas. (Una oportuna aclaración oral de los profesores hacía comprender a los estudiantes que era, desde el punto de vista moral, materia grave incurrir en alguno de dichos tipos de error o temeridad.) La distinción neta entre "theologice certa" y "doctrina certa in theologia", y el rango dado a la "doctrina catholica", son peculiaridades de nuestros autores; esta última es la que permite la práctica universalidad de las cualificaciones, pues basta para ella una afirmación de una encíclica o un dictamen de la Comisión Bíblica Pontificia. Tampoco era común la sustentación de la "fides ecclesiastica", concepto de ascendencia jesuítica, que se había consolidado en las discusiones suscitadas en los años 20 por el libro del dominico Marín-Sola, La evolución homogénea del dogma. (Aunque anterior al período que estudiamos, dediquémosle de paso un breve elogio. El tema es candente y no está aún resuelto. Su inspiración era acertada pero, al trabarse con el instrumental inadecuado de la neo-escolástica, fortaleció la reacción anti-evolutiva y dogmatista cuya expresión es la fides ecclesiastica.)

Me he detenido, quizá hasta hacerme pesado, en esta presentación, porque entiendo que el catálogo de cualificaciones teológicas y su importancia en la Summa de la BAC es el síntoma más significativo de su orientación. En él se intenta materializar eficazmente esta proclamación programática que se había es-tampado unas páginas antes en el prólogo:

"En todo hemos seguido fielmente a la Iglesia, Maestra de la verdad, in-capaz de equivocarse y, por tanto, patrona y alentadora de toda humana doctrina. Por lo cual hemos seguido la sólida doctrina recibida de nuestros mayores y aceptada comúnmente por la Iglesia, evitando profanas novedades verbales y una mal llamada ciencia". Cuando uno lee esto, hoy, se siente a enorme distancia. Incluso los más ortodoxos, encontrarán que es simplista esa aserción de infalibilidad (pues siempre se había solido precisar que la infalibilidad es sólo de ciertos puntos y ocasiones solemnes), que es pretenciosa la aserción de que la Iglesia - sea patrona y alentadora de toda humana doctrina, que es injusto el recelo contra la novedad y la ciencia... Nuestra admiración recibirá una importante luz si añadimos que, según consta en notas de pie de página, el párrafo citado es simplemente la conjunción de dos citas literales, una del comienzo de la Constitución apostólica de Pío XI, Deus scientiarum Dominus de 24 de mayo de 1931 y otra del canon 129 del -en algún sentido aún vigente- Código de Derecho Canónico... (Uno no puede menos de preguntarse si la equivocación de los españoles no habrá sido, esta vez como quizá otras, el tomar con ingenua seriedad la retórica del latín curial romano.)

Círculo de Estudios

SOBRE EL TEMA:

"MI EXPERIENCIA EN LA ASOCIACION CATOLICA DE PROPAGANDISTAS"

Por: Esnesto LA ORDEN

MIS MEMORIAS

Como ya voy teniendo cierta edad y he llegado, gracias a Dios, al culmen de mi carrera y de mi vida, he empezado a escribir unas memorias íntimas que tal vez resulten interesantes para mis hijos y mis amigos. E incluso quizá para el gran público, en lo que humildemente se refieren a la vida de nuestra España, desde la caída de la Monarquía en 1.931, y en lo que toca a nuestras relaciones internacionales, singularmente las hispánicas, desde 1.943. No en balde he sido periodista político en mi juventud y diplomático todo el resto de mi vida.

Parte esencial de esas memorias ha de ser la historia de mi alma, pues he recibido como vosotros la gracia de sentirme católico por vocación, - es decir, no solamente por el ambiente familiar y social en que me he movido sino también por una llamada especial que sentí en mi espíritu desde mis primeros años, cuando estudié el Bachillerato en dos Colegios Salesianos, uno en Cataluña y otro en Madrid, y milité en los Luises y en los Estudiantes Católicos durante mis estudios universitarios en Murcia, de 1.927 a 1.930. A orillas del Segura conocí a los dos maestros que me encaminaron hacia nuestra Asociación - Católica Nacional de Propagandistas como se llamaba entonces, cuya insignia recibí en Madrid el 3 de diciembre de 1.934, al lado de Tomás Cerro, Pedro Gamero del Castillo, Pedro Gómez Aparicio, José María Pérez de Laborda, Maximino - Romero de Lema, José María Sánchez de Muniain, Mariano Sebastián, Agustín Solache y tantos otros buenos compañeros. Mis dos maestros de Murcia fueron don José Aguirre, sacerdote santo y sencillísimo y Federico Salmón, abogado del Estado y profesor auxiliar de mi Universidad. Ellos me recomendaron a Angel Herrera en Madrid, cuando vine a la capital de España para cursar mi doctorado de Derecho en 1.931. Desde entonces me considero un hijo espiritual de Angel Herrera, ciertamente uno de los últimos y el más insignificante de sus discípulos.

CATOLICO POR VOCACION

Decía que me he sentido siempre católico por vocación. No por vocación sacerdotal o religiosa, claro está, aunque bien trabajaron para ella mi maestro salesiano don Alejandro Battaini, un santo varón milanés, y sospecho - que también don José Aguirre y Angel Herrera, al que no acompañé en su retirada apostólica a Suiza en 1.935, cuando se llevó consigo a mi querido compañero de profesorado en el CEU Maximino Romero de Lema, hoy prelado eminente de la -

Curia Vaticana. Mi vocación católica ha sido siempre seglar, profesional y matrimonial. Guardo por ahí unos versillos -pues tengo el vicio oculto de ser poeta-, que espero no os parezcan irreverentes y trazan mi autorretrato espiritual de esta manera:

Hijo de Dios, oveja del rebaño;
intelectual con fe de carbonero;
místico a ratos, lego en teología.
Franciscano con un poco de lujo;
Jesuita, con menos disciplina
Dominico, con "dómina"

En fin, fue Federico Salmón, -aquel católico social de primera línea, que había de ser ministro de Trabajo con la República y murió mártir en la Cárcel -Modelo de Madrid-, quien me puso en las manos de Angel Herrera, nuestro fundador, Herrera me recibió en la redacción de EL DEBATE en 1.933. Allí estaba ya Isidoro Martín, mi fraternal amigo de los años murcianos, y allí me encontré con Sánchez de Muniain, ese colosal navarro al que considero también como mi "alter ego".

PROPAGANDISTA Y REDACTOR DE "EL DEBATE"

En 1.935, a los veinticuatro de mi edad, fui nombrado secretario de este Centro de Madrid, bajo la presidencia nacional de Fernando Martín Sánchez. Rindo un recuerdo emocionado a Fernando, aquel joven y brillantísimo ingeniero agrónomo que conocí en Murcia en 1.927, en la fiesta universitaria de Santo Tomás de Aquino. Entonces él tenía novia y se paseaba por el escenario del Teatro Romea perorando con magnífica elocuencia. Poco después le atacó la enfermedad que le dejó inválido, en una silla de ruedas, convertido durante largos años en una gloriosa cabeza parlante, sin perder su autoridad ni su alegría, por un milagro de Dios.

En aquella redacción de EL DEBATE de la calle de Alfonso XI, 4 pasé tres años de intensísimo trabajo, con un entusiasmo feliz. desempeñé en el periódico casi todos los menesteres, desde repórter de sucesos, informador municipal y confeccionador en la imprenta, hasta redactor viajero en la revolución de Asturias de octubre de 1.934 y en las semanas "Pro Ecclesia et Patria" por media España. Trabajé en el suplemento dominical con Luis Ortiz y me asentaron definitivamente en las Cortes, primero como redactor de pasillos, a las órdenes del gran Agustín Solache, y más tarde como cronista parlamentario, sucesor de José Medina Togores, el simpatiquísimo diputado de Acción Popular por Sevilla, que murió como un santo, cargado de familia, en diciembre de 1.934. - Por cierto que me relevó en aquel puesto, poco antes del 18 de julio de 1.936, nada menos que Fernando Castiella, que era ya catedrático de Derecho internacional. En el periódico, en el CEU, o en las Cortes traté a Alberto y Javier Martín Artajo, a José Larraz y a Mariano Sebastián, a Pedro Gamero y a José María Gil Robles, a Antonio Álvarez Robles, Curro Sánchez Miranda y a Manuel Jiménez Fernández, éste último también como profesor y como Ministro de Agricultura y con mi especial devoción intelectual. No cito más que a los propagandistas, entre los cuales se contaba también mi director Francisco de Luis, su hermano Rafael, eminente redactor internacional, y mi redactor-jefe queridísimo - Nicolás González Ruiz.

Por cierto que cuando volvimos a vernos, después de casi tres años

de eclipse, el 28 de abril de 1.939, día de la Liberación de Madrid, el gordo Nicolás estaba flaco como un silbido. Unos cuantos espectros más, miembros de la redacción y de los talleres, salidos de los refugios más inverosímiles, le ayudamos a sacar un número de EL DEBATE que constaba de una sola hoja, con los retratos de Franco y José Antonio Primo de Rivera, unas pocas noticias y un -- editorial emocionado. Al día siguiente se presentó en nuestra casa Carlos Fernández Cuenca, nuestro crítico cinematográfico, vestido de falangista, y nos -- transmitió una orden de prohibición de nuestro periódico. Nuestro segundo número ya estaba hecho; aunque no salió a la calle aún se conserva. En cambio, no he podido encontrar más que en mis recuerdos aquella primera hoja escrita y compuesta por un puñado de fantasmas, que fue el último número de EL DEBATE de Madrid.

Me gustaría hablar más de mi periódico, cuyas páginas amarillentas he hojeado amorosamente estos últimos días. He hecho lo mismo con los números de nuestro Boletín de la Asociación, que redacté durante una temporada, espigando reminiscencias de mi vida... ¡Aquellos círculos de estudios en los que para empezar nos poníamos de rodillas para invocar al Espíritu Santo y al acabar pasábamos a la capilla para entonar a coro el BEATUS VIR y rezar nuestra vibrante oración, compuesta por el Padre Ayala;... Por cierto que nuestra capilla tenía un retablo de Félix Grande con imágenes de la Virgen y de San Pablo y con ese hermoso Cristo-Majestad que fue levemente mutilado durante la guerra civil y ahora nos bendice en el tránsito inmediato a este salón.

Os contaré una anécdota interesante a este respecto. El día en que un grupo de comunistas ocupó EL DEBATE, creo recordar que fue el 20 ó el 21 de julio de 1.936, su jefe era un simpático boxeador italiano llamado Rosario -dell'Olmo, quien me preguntó amablemente a qué me dedicaba yo en el periódico y me aseguró que me mantendría en mi puesto de trabajo, con una gran ventaja para mí, ya que serviría al pueblo, en vez de servir a los jesuitas. Otro intelectual comunista, que fue más tarde Ministro de Educación durante la guerra, me -- invitó a descolgar con él todas las estampas y cuadros religiosos que había en los despachos, para guardarlos luego con cuidado en la capilla de San Pablo, -- que estaba en el piso cuarto de la misma casa. Al entrar en la capilla y ver el hermoso sagrario dorado me preguntó con inquietud si estaba allí el Santísimo. Yo le tranquilicé diciéndole que nuestro consiliario Don Pedro Cantero-el digno arzobispo de Zaragoza que acaba de entregar su alma a Dios-, lo había consumido días antes. Aquel hombre se llamaba Jesús Hernández y había sido seminarista.

Los trágicos episodios que siguieron después marcaron el final -- catastrófico de la Segunda República Española, un régimen que por parte de la -- A.C. de P. había recibido todo el acatamiento y la colaboración aconsejados por la Iglesia, a través del Nuncio en Madrid Monseñor Tedeschini, de acuerdo con -- la tesis de la accidentalidad de las formas de gobierno y con el ejemplo del -- "relliement" o adhesión, preconizado por el Papa León XIII ante la República -- Francesa. Este había sido el ideario que nos movió a algunos jóvenes murcianos a salir por los pueblos para hacer propaganda de los candidatos católicos en -- las elecciones constituyentes de 1.931. Me acuerdo de que yo dije en Cieza que la República había nacido en los pañuelos blancos de las papeletas electorales, cosa que no fue verdad más que a medias, y que en Mula las turbas apedrearon -- nuestro autobús, obligándonos a poner los pies en polvorosa. Los poquísimos di--putados católicos que resultaron elegidos en toda España, entre los cuales sobresalió enseguida nuestro compañero Gil Robles, se unieron a los nacionalistas vascos para defender a la Iglesia frente a la sectaria Constitución de 1.931, -- que disolvía, expulsaba y confiscaba a la Compañía de Jesús, por causa de su -- obediencia al Papa, y prohibía la enseñanza de las Ordenes Religiosas. Al mes --

de la República ardían en pompa cientos de iglesias en Madrid, Málaga, Alicante y otras ciudades. EL DEBATE fue suspendido durante meses enteros. Realmente se hizo muy difícil colaborar, aunque fuera desde la oposición, con un régimen claramente persecutorio.

ACCION POPULAR, CEDA, CEU,

Y sin embargo se hizo. El mismo Angel Herrera, nuestro fundador, inspiró la creación de Acción Nacional -el gran partido democrático que había - de llamarse luego Acción Popular y finalmente CEDA, es decir, Confederación Española de Derechas Autónomas, en la que participaba la "DRETA REGIONAL VALENCIANA", partido autonomista dirigido por el demócrata cristiano don Luis Lucía-. Entonces se desarrolló increíblemente la Confederación Católica Agraria y nacieron el ISO (Instituto Social Obrero) y el CEU (Centro de Estudios Universitarios), en el que tuve como alumno de Derecho Civil a nuestro queridísimo compañero Joaquín Ruiz Giménez. En nuestros círculos de Estudios de la Asociación se hablaba entonces sobre la democracia, la crisis del liberalismo, el régimen corporativo, la propiedad, el sindicalismo y el fascismo. Fernando Martín Sánchez, que conocía bien Italia, nos dijo una vez: "No quisiéramos ver a nuestra España deshecha por las facciones múltiples que la democracia origina. No quisiéramos tampoco verla agarrotada por la férrea disciplina de las escuadras fascistas. En nuestras doctrinas y en nuestras manos para llevarlas a la práctica, está quizás el justo medio y el claro porvenir de nuestra Patria".

Mientras los propagandistas estudiábamos así y actuábamos en toda España, Acción Popular ganaba más de un tercio de los escaños parlamentarios en las elecciones de noviembre de 1.933 y colaboraba en las Cortes con los republicanos radicales, llegando hasta participar en el gobierno, con tres ministros, en octubre de 1934. Era una operación política justa y democrática, que pudo haber significado la consolidación de la República, pero la izquierda reaccionó con la rebelión de Cataluña, que solamente duró un día, y con la de Asturias, que fue -- una terrible guerra de casi un mes de duración. Como redactor de EL DEBATE me tocó estar sitiado cinco días al pie del Puerto de Pajares y comprobar espantosos crímenes y daños. Angel Herrera, mientras tanto, me encargaba personalmente de estudiar la doctrina de Jaime Balmes, el gran espíritu conciliador del siglo XIX, dar conferencias sobre el tema en los Cursos Católicos de verano de Santander y escribir un libro titulado "Jaime Balmes, político", que no vio la luz hasta 1940. después de nuestra guerra civil. Porque mientras yo estudiaba para la paz, como -- ahora mismo aconseja al mundo entero Juan Pablo II, se estaba creando en España un clima de guerra, que yo registraba en mis crónicas parlamentarias y en mis viajes informativos, en un incidente desapacible con Don Juan Negrín y en un episodio grato con Santiago Carrillo en medio de un campamento de las Juventudes Socialistas. Otro síntoma de ello es que en nuestro Círculo de Estudios consagramos -- dos sesiones al estudio de la rebelión según los teólogos católicos, para oír las tesis contrapuestas del dominico mejicano Padre Reginaldo Hernández y las del canónigo madrileño Gallegos Rocafull, este último amigo de José Bergamín, y su revista CRUZ Y RAYA, que representaban entonces a la escasa izquierda católica. Mientras tanto iban sobreviniendo las elecciones de febrero de 1.936, la destitución del presidente de la República Don Niceto Alcalá Zamora, la elección para el mismo cargo de Don Miguel Azaña y el asesinato de Don José Calvo Sotelo, en un 13 de julio que nunca olvidaré porque me tocó buscar durante la madrugada el cadáver -- del gran líder monárquico y encontrarlo en el cementerio de la Almudena.

LA GUERRA CIVIL

Aquello desató la guerra civil, que ciertamente no había sido -- preparada por EL DEBATE ni por Gil Robles, pero había de costar la vida a Solache, Bermúdez Cañete, Santos Fernández y otros compañeros del periódico, y a -- Luis Campos Górriz, querido Secretario General de nuestra Asociación y a muchos propagandistas más. Por cierto, compañeros: ¿Qué se ha hecho de la lápida en -- que inscribimos sus nombres y que estaba hasta hace poco en esta casa? Yo los -- recuerdo a todos con espíritu fraternal, rezo por ellos y a ellos me encomiendo. Angel Herrera estaba en Suiza hacía varios meses, atento a su preparación para -- el sacerdocio. Fernando Martín Sánchez estuvo seguro en Bilbao. Yo, pobre de -- mí, salvé mis huesos gracias a un íntimo amigo que ostentaba ya entonces la -- "ikurriña", y a la Legación de Panamá, en la que me logró refugio Joaquín Ruíz Giménez.

Pasé allí veintiocho meses de encierro, confinado en uno de los diez o doce pisos de la casa n° 83 de la calle de Goya, que albergaba a varios cientos de otros refugiados, con las ventanas de la calle herméticamente cerradas, durmiendo en el suelo y casi sin comer, sin luz y sin agua a temporadas, -- pero siempre con cinco sacerdotes que me ayudaron a hacer los mejores ejercicios espirituales de mi vida. La muerte nos amenazaba cada día pero Rodríguez Soler, Ruiz Jiménez y otros amigos nos reuníamos en círculos de estudios, oíamos misa y comulgábamos a diario, estudiábamos, oíamos las noticias de las radios extran-- jeras --que yo ponía a máquina para lectura de todos--, sufríamos y esperábamos con fe. Allí dentro se casó Pepe Rodríguez Soler, y yo serví de monaguillo en su boda. Allí nos llegaron una vez suculentos víveres de la Cruz Roja Suiza, envia-- dos por nuestro ángel de la guarda, Angel Herrera, al que habíamos hecho cono-- cer hábilmente nuestra dirección mediante una carta de letra picuda, escrita en francés y firmada por Josephine y Ernestine. Por cierto que el sobre de aquella carta iba dirigido al Colegio Albertino de Friburgo, a nombre de M.A. Forgeronne, que era una traducción ingeniosa sin indicar a Angel Herrera....

LA PAZ

Por fin llegó la paz, me reintegré como secretario de este Centro y entré en la Acción Católica como secretario de nuestro querido compañero Alber-- to Martín Artajo. Volví al periodismo, previa la indispensable depuración, pero ya no en EL DEBATE sino en el YA, que había nacido poco antes de la guerra y fue autorizado a reaparecer, si bien con un nuevo equipo director, ajeno a la Editor-- ial Católica. Me encargaron de la información de extranjero en plena guerra mun-- dial, y emprendí una nueva etapa de mi vida, consagrándome a la preparación para la Carrera Diplomática. Poquísimos propagandistas habían sido diplomáticos con -- anterioridad y recuerdo que Martín Artajo prefería animarme hacia la cátedra o -- el Consejo de Estado. En aquella temporada creamos la revista ECCLESIA, órgano de la Acción Católica, trabajando Ruiz Jiménez y yo con dos grandes vascos, don Jesús Iribarren y Monseñor Zacarias de Vizcarra. Un día estaba yo en una recep-- ción en la Legación de Rumanía charlando con Alberto Martín Artajo cuando entró Ramón Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores, antiguo compañero político de Gil Robles, a quien yo conocía bien de mis tiempos de cronista parlamentario. "Ya sé que te preparas para diplomático. Te guardaremos una plaza", me dijo don Ramón, con gran asombro de Alberto. Pero quien me otorgó esa plaza, tras duras oposiciones, no fue Serrano Suñer sino su sucesor el general Conde de Jordana, el mismo hombre que pocos años después aconsejó al Generalísimo Franco que nom-- brara ministro de Asuntos Exteriores a Alberto Martín Artajo, Presidente a la --

sazón de la Acción Católica, quien fue aconsejado expresamente para aceptar el cargo por el Nuncio de Su Santidad y el Cardenal Primado de Toledo.

ACTIVIDAD DIPLOMATICA

Mi primer destino como diplomático fue el consulado de España en Montevideo. Iba yo al Uruguay con cartas de presentación de Alberto para la Acción Católica y para el Arzobispado, pero fui recibido de uñas por aquellos hermanos católicos y el señor arzobispo no me quiso recibir. Uruguay presumía entonces de ser la perfecta democracia en América y tanto la jerarquía como los católicos más distinguidos nos consideraban a los católicos españoles como un escándalo nazi y nos negaban el pan y la sal. Pasé aventuras muy interesantes, que se reflejaban en un libro que escribí poco después. La más curiosa fue causada por una conferencia que pronuncié precisamente aquí, entre los propagandistas, durante unas vacaciones, a fines del año 1945. Si os interesa, hablaremos de ella otro día, relejendo el número de nuestro Boletín en que apareció publicada. Digamos solamente que, como el mundo da vueltas, hace algunos años que los uruguayos sufrieron la irrupción de los guerrilleros "tupamaros" y hoy viven bajo una dictadura militar.

Martín Artajo, digno sucesor de Herrera en la Acción Católica y en la Asociación, ha sido ministro de Asuntos Exteriores desde 1.945, en años cruciales para nuestra España. Allá en América, donde trabajó eficazmente con el Instituto de Cultura Hispánica a través de Ruiz Giménez y Alfredo Sánchez Bella, ambos propagandistas, le llamaban "El Canciller de la Resistencia", porque supo resistir a Roosevelt tanto como otros resistieron antes a Hitler. Obra suya fueron los dos grandes acontecimientos del año 1.953: El Pacto con los Estados Unidos y el Concordato con la Santa Sede, gracias a los cuales, principalmente, se pudo realizar la reconstrucción material y espiritual de España. Para el Concordato le ayudaron sobre todo dos grandes embajadores, Ruiz Giménez y Castiella, propagandistas los dos. Yo colaboré modestamente en su obra como secretario de Embajada en Quito (Ecuador), donde organicé no solamente Cultura Hispánica sino también un "Centro Menéndez Pelayo" de jóvenes universitarios, algo parecido a nuestra Asociación, del que han surgido intelectuales y gobernantes católicos de primera fila. El Ecuador es otro mundo, absolutamente distinto del Uruguay, en lo sociológico y en lo católico, aunque hoy tiene también un régimen militar.

Creo que fue en el Ecuador donde, como consejero nacional, recibí la consulta de nuestro Presidente Martín Sánchez sobre la conveniencia de adaptar o no nuestra "Provida mater Ecclesia", en forma semejante al "Opus Dei". Con todos los respetos, mi consejo fue negativo, basado en mi vocación personal y en la fidelidad a nuestra fundación.

Tras una breve estancia en Madrid, pasé del Ecuador a Francia, donde, como consejero cultural de nuestra Embajada, pude estudiar bastante a fondo las dos tendencias dominantes del catolicismo europeo en nuestra época, la tradicionalista y la reformista, triunfante ésta última, se puede decir, por obra del Segundo Concilio Vaticano. Alberto Martín Artajo me trajo a Madrid, a su Gabinete, en 1.956, donde pude ayudarle, entre otras cosas, en sus trabajos sobre el proyecto de Leyes Fundamentales patrocinado por el ministro Arrese, que, de haber triunfado, habría constituido a España en un régimen perpetuo de Partido único, semejante a la Unión Soviética o a Méjico, cerrando el paso hacia la restauración monárquica y democrática más aconsejable. Por cierto que en ese período volví a actuar como secretario de este Centro de Madrid. Mi nuevo Ministro, Fernando Castiella, me envió después como Cónsul a Puerto Rico -ese micromundo -

dentro de Hispanoamérica-, y luego como consejero cultural a Londres, donde -- aprendí a conocer y amar a los "hermanos separados", que hoy día ya no son solamente los ortodoxos, los anglicanos y los luteranos, sino también los "ultras" y los "progres", los lefevrianos y los "cristianos para el socialismo". los teólogos de "la muerte de Dios" y los teólogos de "la liberación". Mis últimos destinos en América Central me han permitido estudiar de primera mano -- nuevas facetas de la realidad hispanoamericana, a los que ahora va a enfrentarse valientemente el Papa Juan Pablo II en Puebla, Méjico. En fín, los años -- 1.970 y 1.971, que pasé en Madrid como colaborador de Sánchez Bella en el ministerio de Información y Turismo, me hicieron apreciar a fondo el cambio del panorama político y religioso de nuestra España, a causa de nuestros propios -- problemas y de los llamados "signos de los tiempos" en los pontificados de -- Juan XXIII y Pablo VI.

LA A.C. DE P. VIDA Y OBRA

Después de este recorrido más bien autobiográfico de un propagandista trashumante y veterano --que en 1.984, si Dios es servido, cumplirá sus Bodas de Oro con la Asociación-, voy a entrar en la parte final de mi conferencia, más institucional que personal. Voy a referirme a la vida y la obra de la A.C. de P. desde su origen hasta hoy, desde la monarquía de Alfonso XIII a la de Juan Carlos I, a través de la Segunda República y del Caudillaje de Franco, de nuestra guerra civil y de la segunda guerra mundial; y su complicada postguerra con Benedicto XV, Pio XI, Pio XII, Juan XXIII y Pablo VI; con el cardenal -- Segura y el cardenal Gomá, el cardenal Pla y Deniel y el cardenal Tarancón; desde las Repúblicas laicas y los fascismos a las democracias cristianas y las socialdemocracias y el comunismo en Europa; desde la condenación del modernismo -- hasta el Segundo Concilio Vaticano; setenta años preñados de historia que coinciden casi enteramente con mi vida. Muchas cosas han cambiado en tanto tiempo -- dentro de nuestra España y de la Iglesia, pero hay algo que no puede ni debe -- cambiar: El espíritu original de nuestra fundación como seglares católicos, y -- nuestro patriotismo español.

"Pro Ecclesia et Patria". Estos dos ideales unidos, al servicio conjunto de la Iglesia y de España, son los que movieron en 1.908 al Padre Angel Ayala a seleccionar a un grupo de jóvenes universitarios, entre los que muy pronto descolló Angel Herrera, para presentárselos el 3 de diciembre de 1.909 al cardenal Vico, Nuncio Apostólico en Madrid, como germen de una futura Juventud Católica Española. En tiempos de tremenda atonía de los católicos en la vida pública, se trataba de hacer propaganda de la doctrina social de la Iglesia y defender la enseñanza católica contra el laicismo del partido liberal gobernante, cuando la famosa "Ley del Candado" del gobierno Canalejas. Insólita propaganda hablada, en mítines juveniles por toda España. Eficaz propaganda escrita, mediante el humilde diario EL DEBATE, que había de convertirse en un gran -- rotativo nacional. El cardenal español Merry del Val, Secretario de Estado del Vaticano, confió al cardenal de Toledo unas normas de actuación orientadas a la unidad de los católicos españoles, con independencia de los partidos políticos. Los jóvenes propagandistas --que así se llamaban oficialmente en sus comienzos, JOVENES--, se situaron en primera línea de aquella actuación.

Al fallecer en 1.912 Don Marcelino Menéndez Pelayo, su figura de intelectual católico y patriota se irguió como maestro de aquellos propagandistas, que en 1.913 se distinguieron en las llamadas Fiestas Constantinianas, es decir, el XVI Centenario del Edicto de Milán. ¡Quién iba a pensar que hoy día -- se hablaría tan mal de la era constantiniana; Ellos tomaron partido intelectual

mente, durante la Guerra Europea (cito entre comillas), "contra la Francia oficial, atea, laica, perseguidora, corrompida, separada de la Iglesia, extrañadora de los religiosos, feudo de la masonería... para que la otra Francia, la verdadera, la católica, la piadosa, la proselitista, la generosa, la de la mayoría de los franceses, la de la casi totalidad de los que combaten y mueren, resurja".

Los propagandistas actúan seguidamente contra el privilegio docente laico que intentaban el Instituto-Escuela y la Institución Libre de Enseñanza, y crean la Confederación de Estudiantes Católicos, obra de Martín Sánchez y de Marcelino Oreja, el padre mártir de nuestro compañero actual. Angel Herrera organiza en 1.922 la denominada Gran Campaña Social, bendecida por el Papa Benedicto XV y toda la Jerarquía Española, contando con la experta ayuda del obispo argentino monseñor De Andrés, gran orador, pero el gobierno liberal movió al rey Alfonso XIII a detener personalmente dicha campaña, que hubiera significado un impulso decisivo para los sindicatos obreros y agrarios y la creación de una Universidad Católica. Poco después sobreviene la dictadura del General Primo de Rivera, ante la cual Angel Herrera afirmó que es preciso "apoyar a toda costa a todo gobierno que garantice el orden público y el principio de autoridad, que no es poco en estos tiempos en que todos los pueblos se ven amenazados por una revolución social, no política".

La misma doctrina, inspirada en León XIII, es la que movió a los propagandistas en 1.931 a acatar el nuevo régimen republicano y actuar dentro de la legalidad establecida para intentar la reforma de la legislación sectaria. Gil Robles acaudilló el gran movimiento democrático de la CEDA, mientras otro propagandista, Onésimo Redondo, creó en Valladolid un sindicalismo nacional. Pasada la contienda fratricida de 1.936 a 1.939, y animados por Roma y por Toledo, José Larraz, Ibañez Martín, Luis Ortiz, Fernández Ladreda, Martín Artajo, Castiella, Federico Silva y otros propagandistas colaboraron intensamente en la reconstrucción material y espiritual de nuestra Patria. Ese "nacional-catolicismo" que algunos censuran ahora lo propiciaron nuestros hermanos mayores para obedecer a su conciencia, evitar el totalitarismo y restaurar nuestra tradición nacional. No es ningún secreto que el Generalísimo Franco escuchó más de una vez los consejos de Fernando Martín Sánchez y los de Angel Herrera, ya convertido en obispo y luego en cardenal, por dignación de Pablo VI. Yo os puedo asegurar personalmente que el día 19 de mayo de 1.966, estando en Málaga de visita oficial con el Presidente de la República de Nicaragua, Su Eminencia el cardenal Herrera me recibió postrado en el lecho y trabajando sobre un atril. Me hizo, como otras veces, muchas preguntas sobre las cosas de América y del mundo y cuando yo le interrogué sobre las de España me contestó: "Franco es un hombre de Dios. Hay que estar a su lado hasta el final". Doy fe.

AL SERVICIO DE ESPAÑA Y DE LA IGLESIA

Esto es lo que hicieron muchos propagandistas, ciertamente no todos, con el mismo espíritu con el que estamos ahora, junto a nuestro Rey, Marcelino Oreja, Landelino Lavilla y muchísimos más, atentos a servir a la actual España y a la Iglesia, tal como ésta desea ser servida hoy, es decir, con las orientaciones del Concilio Vaticano II y las de los últimos Papas. Concretamente, queridos compañeros, la inflexión continuada del régimen de Franco hacia la transición política que se ha realizado felizmente, gracias a Dios; el cambio de la conciencia social en las clases empresariales y las grandes mejoras de la clase obrera durante muchos años; el extraordinario aumento del bienestar y la cultura del pueblo español; la paz más larga que España ha disfrutado en su historia; el Concor-

dato de 1.953, que la Iglesia consideró ejemplar entonces, la ley de Libertad - Religiosa inmediatamente posterior al Concilio y los Acuerdos Concordatarios -- que se acaban de firmar en Roma para sustituir al Concordato sin destruir la cc laboración entre la Iglesia y nuestro actual Estado no confesional... etcétera, etcétera, todo ello corresponde en buena parte a la obra de discípulos de Angel Herrera, consecuentes en cada momento histórico en su servicio a España y a la Iglesia.

HOMBRES DE FE

Podemos preguntarnos ahora, en la coyuntura religiosa y política dentro y fuera de nuestras fronteras, si debemos continuar nuestro trabajo con - el mismo espíritu de nuestra fundación. Evidentemente que sí. Para hombres de fe como lo somos nosotros, aún si creyéramos que España hubiera dejado de ser católica, nuestra conciencia nos obligaría a trabajar para que volviera a serlo. Con todas las cautelas del caso, claro está, pero también incluso heroicamente, como si fuera en tierras de misión. Afortunadamente las cosas no están así. Nuestro - pueblo sigue siendo católico en su médula y espera solamente, como rezaba nuestra vieja oración, "brazos generosos que le ayuden a entrar en la piscina de su antiguo espíritu, tradicional y cristiano". Hacen falta más y mejores apóstoles, es decir, propagandistas con espíritu sobrenatural, de comunión frecuentísima, de estudio y de trabajo, de vida privada y profesional ejemplar, de meditación y de acción, de temple ciudadano y de optimismo patriótico. Hasta para mantener -- nuestra unidad nacional, yo creo con Menéndez Pelayo que hay que salvar nuestra unidad católica. Decía el maestro: "Esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectones o de los reyes de taifas"....

Es más, a mi modesto juicio, si efectivamente se hubiera de descomponer nuestra nación, retrocediendo a tiempos bien pasados, no deberíamos olvidar que la historia es cíclica, que el mundo da vueltas y detrás de la noche - viene el día, que las estaciones del año se suceden, las mareas suben y bajan en cada jornada y las generaciones son una rueda sin fin. Nosotros tal vez no lo ve remos, pero la España católica perdurará.

Mientras tanto, pongamos manos a la acción. No hay que dejarse - invadir por el pesimismo, "que es contrario a la gracia y a la fe, que todo lo - alcanzan", como decía nuestra vieja oración. Acabo de llegar de Roma, de besar - el anillo al Papa polaco que nos ha regalado el Espíritu Santo, y estoy seguro - de que ha surgido la aurora sobre la crisis espiritual de nuestros días. Soy un propagandista veterano, pero no me siento en modo alguno dimisionario. Permitidme que os diga mi manera de pensar:

"Acendremos nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad. Crea mos en el pecado original de nuestra pobre raza humana y en el combate diario -- contra el mal, dentro y fuera de cada uno de nosotros. En el amor de Dios y en - el del prójimo. En la práctica de la virtud y en la repulsa del vicio y de la -- violencia. Pensemos sinceramente en que es preferible morir que matar. Acordémo nos de que el reino de Dios no es de este mundo, pero que en este mundo nos lo - tenemos que ganar. Pensemos cada día un momento en las cuatro verdades eternas - que nos afectan, las cuatro "ultimidades" o postrimerías que se llaman Muerte, - Juicio, Infierno y Gloria.

Recemos, el Padrenuestro, cumplamos nuestro deber y dejemos todo lo demás en manos de Dios"

VIDA

ASOCIATIVA

CENTRO DE MADRID

FRANCISCO RICO-PEREZ, PREMIO AZCARATE 1.978

El profesor de Derecho Civil de la Universidad Complutense y del -- C.E.U., Francisco Rico-Pérez, ha sido galardonado con el "Premio Azcárate" -- 1.978, convocado por la Fundación "Domingo Romero Grande", de la que es patrono el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, y dotado con 200.000 pesetas.

El tema a desarrollar en la presente edición versó sobre "La responsabilidad civil en las profesiones liberales", y el trabajo premiado, que se presentó con el lema "Duc in altum", examina la responsabilidad de los Abogados, Médicos, Arquitectos y otras profesiones.

El Jurado, que ha otorgado el Premio por unanimidad, lo presidía el Decano del Colegio de Abogados, don Antonio PEDROL RIUS, y ha estado compuesto por don Juan MUÑOZ CAMPOS y don José María STAMPA BRAUN, nombrados por la Junta de Gobierno del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid y por don Rafael PEREZ ESCOLAR como Presidente del Comité de Cultura de la Corporación y de -- los demás miembros de dicho Comité: don Joaquín BOIX Y RIBO, don Amadeo ESCOHOTADO JIMENEZ, don Nicolás GONZALEZ-DELEITO, don Antonio HERNANDEZ-GIL, don Jacobo LEONIS GONZALEZ, don José María MATANZO ACEVEDO, don Jaime MURILLO RUBIERA, don Nicolás PEREZ SERRANO y doña María TELO NUÑEZ.

- - - - -

LOS QUE NOS PRECEDEN EN LA GRAN AUSENCIA

Confortado con los Santos Sacramentos y a edad avanzada, ha fallecido en Madrid don Miguel LOPEZ TOVAR, padre de nuestro querido compañero Miguel Angel LOPEZ DIAZ, a quien testimoniamos nuestro sentido pésame.

- - - - -

También nos comunican desde el Centro de Lugo que dejó de existir, hace unos días, nuestro querido compañero Francisco POUDEREUX GONZALEZ.

Nuestro sentidísimo pésame a sus familiares y amigos.

- - - - -

*** LEIDO**

para vosotros *

JUAN PABLO II, PEREGRINACION APOSTOLICA A POLONIA

* * * * *

BAC. 1.979

Se ha llamado a Juan Pablo II Líder de Occidente. El carácter universal de la Iglesia Católica permite afirmar que Juan Pablo II se está convirtiendo en un verdadero Líder espiritual del mundo.

Es, en este momento, el auténtico conductor, como vicario de Cristo, del Pueblo de Dios. Sus extraordinarios viajes a los lugares más conflictivos del mundo y a los centros de decisión de problemas más importantes, sus discursos y sus mensajes cristianos a todos los hombres del planeta, han conquistado una autoridad moral reconocida por hombres de todas las razas y de todas las ideologías. La BAC presta un gran servicio a España y a los pueblos de habla hispánica con estos libros de la colección Minor en los que recoge la siembra de doctrina del Papa WOJTYLA en sus intrépidas peregrinaciones apostólicas.

En este libro, cuyas páginas albergan la traducción oficialmente autorizada por la Secretaría de Estado de los treinta y siete discursos pronunciados por Juan Pablo II durante su viaje por tierras de su propia Polonia natal, se contienen enseñanzas de inmenso valor para todos los católicos, para todos los cristianos, e incluso para todos los hombres de buena voluntad.

La BAC nos ofrece en esta joya editorial todos los discursos, homilías y alocuciones de Juan Pablo II con motivo de su peregrinación a la siempre católica Polonia, desde las palabras de despedida en el aeropuerto de Fiumicino el día 2 de junio de este año hasta las palabras de saludo al regresar a Roma el día 10 del mismo mes. Magníficas estampas en color esmaltan de belleza gráfica la valiosa publicación de esa empresa editorial que, espiritualmente, los propagandistas podemos llamar nuestra.

Es imposible subrayar la importancia especial de ningún pasaje pontificio de cuantos encierra este librito. Si me viera obligado a elegir, pondría mi preferencia en el discurso a los jóvenes pronunciado en la tarde del domingo de Pentecostés, tres de junio, en el que afirma que "la cultura es la expresión del comunicar, del pensar juntos y del colaborar juntos los hombres. Nace del servicio al bien común y se convierte en bien esencial de las comunidades humanas". Y poco más adelante, después de aludir a la dura prueba de la pérdida de la independencia que ha pasado la nación polaca durante más de cien años, añade: "Ha permanecido espiritualmente independiente porque ha tenido su propia cultura".

J. L. de S. T.
